

# Psicosociología de los movimientos nacionalitarios de Europa Occidental

JOKIN APALATEGI\*

## Introducción

El concepto de movimiento nacionalitario necesita, en el punto de partida de nuestra reflexión, una aclaración por la confusión reinante, incluso entre los científicos sociales, a la hora de definir su naturaleza y su alcance. Una primera acepción del término nacionalitario viene a equipararlo con la idea creacional del mismísimo Estado nación:

Como ya hemos dicho, la idea de la “nación”, ligada a los principios de la Revolución francesa (en particular al de la “voluntad nacional”), es una idea “progresista” para los hombres del siglo XIX. La expresión “nacionalitaria” podría ser adecuada para calificar esta dominante, por otra parte más sentimental que teórica. El “derecho de los pueblos a disponer de sí mismos” forma parte del bagaje ideológico de “izquierdas”, incluso del anarquizante. Por el contrario, las potencias del antiguo régimen y los temperamentos autoritarios se inquietan ante los trastornos revolucionarios que implicarían una remodelación de Europa según “los principios de las nacionalidades”. La Inglaterra liberal o el “nacionalitario” Napoleón III no apoyan sino dentro de ciertos límites los avances de liberación, que han coincidido siempre con las grandes crisis revolucionarias (1830, 1848) (Vilar, 1980: 169).

Y esta acepción se opone en consecuencia al nacionalismo, al que se define como fundamentalista y antisocial:

Entre 1871 y 1914, la ideología “nacionalitaria” del siglo XIX se transforma rápidamente en “nacionalismo”, entendiéndose con ello una doctrina que considera la nación como el hecho fundamental y la finalidad suprema, a cuyo interés el individuo debe subordinarse e incluso sacrificarse y ante el cual, en principio, deben desaparecer los intereses de grupo y los intereses de clase (Vilar, 1980: 173).

A continuación se matiza su localización, afirmando que se participa del mismo allá donde se desarrolla la dimensión nacional:

Esta fórmula exaltada se predica tanto entre los grupos nacionales que aspiran a la independencia —es decir, el Estado— como entre las antiguas naciones-estado o recientemente unificadas: Inglaterra imbuida de su superioridad, Francia humillada por su derrota de 1870, España humillada por la suya de 1898, Italia poco satisfecha del papel que se le reserva, Alemania convencida de su destino mundial (Vilar, 1980: 173).

En una segunda acepción el término nacionalitario ha servido para designar, a partir de la Segunda Guerra Mundial, las luchas de liberación nacional del Tercer Mundo, que se situaban en una perspectiva esencialmente del Estado nación. Frente al imperialismo colonial se afirman los movimientos indígenas enarbolando la bandera de la liberación nacional. A partir de ahora, el imperialismo colonial comienza a ser presentado, ante todo, como operación borradora de la

---

\* Universidad del País Vasco.

identidad de las “naciones” dominadas. Se trata de sobrepasar el análisis puramente económico de los efectos del imperialismo: desde Asia, África y América Latina se escuchan las voces de los que pretenden que la alienación colonial no se reduciría a una alienación económica. Nos hallamos ante una triple acusación de aspectos a veces contradictorios: para perpetuar su “pillaje”, Occidente destruye las culturas tradicionales, impone sus propios modelos culturales y estorba globalmente el acceso a la “cultura”. Esta actitud occidental no demuestra simplemente una ingenuidad sino un cínico complejo de superioridad. Todo ello tendría una función objetiva esencial: interiorizar en el colonizado (dominado) el sentimiento de su inferioridad, para que así, vencido, devenga real, y por tanto identificado como causa de un retraso indispensable, denominado subdesarrollo (Memmi, 1957).

El proceso se intensifica hasta el punto de desdoblarse en racismo. El imperialismo colonial no es por tanto la denuncia de una simple desposesión, sino de una humillación, una ofensa, un atentado al ser. En cambio, la liberación es afirmación de una identidad recuperada, que a menudo se trata de volver a encontrar, de imaginar, hasta de inventar e incluso imponer. De ahí la importancia y la función específicas de la producción ideológica y representacional en los procesos de colonización. La recuperación de una identidad borrada pasa entonces por el descubrimiento de solidaridades ensanchadas (Fanon, 1961). Sin embargo, y contrariamente a ciertas apariencias y ciertos análisis, es en un uso “nacional” y no continental o intercontinental que se encomienda en todas partes esta búsqueda del ser perdido. Muchas veces, como en Vietnam o en China, se vinculan íntimamente el proceso de la independencia nacional con el de la revolución social, especialmente a través de la fusión del ejército y de las masas populares. Lo cual no impide que en numerosas ocasiones, y todavía hoy, el movimiento revolucionario y el movimiento nacional dependan aún de las actitudes recíprocas (tolerancias, exclusiones, utilizaciones, etcétera) de las capas muy numerosas que constituyen tanto la burguesía como el campesinado.

En una tercera acepción el término nacionalitario es utilizado como un componente fundamental del conglomerado denominado “las luchas del Quinto Mundo” (Guttari, 1984: 45-51) que, se nos dice, debemos distinguir claramente de las luchas de liberación nacional, que han alcanzado al Tercer Mundo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, ya que éstas sólo se situaban en una perspectiva esencialmente de Estado nación (Guttari, 1984: 47). Este Quinto Mundo estaría conformado en Europa Occidental por los movimientos

de inmigrantes, los movimientos de liberación de la mujer, los movimientos ecologistas y los movimientos nacionalitarios que, a pesar de su pluralidad y sus contrastes, tendrían un objetivo común, “ya que participan, cada uno a su manera, en un mismo intento de recomposición de un entramado social mutilado por el capitalismo y los aparatos del Estado” (Guttari, 1984: 50). A ese objetivo común se le denomina: “revolución-molecular”. Y a las luchas nacionalitarias les correspondería muy especialmente

...la tarea de hacer compatibles dos perspectivas que parecieron hasta ahora irreconciliables: 1) Crear las condiciones de un auge de las luchas de liberación moleculares, sin intromisión de aparatos políticos exteriores, respetando la autonomía de cada componente. 2) Instalar sin embargo, aparatos de lucha capaces de contrarrestar eficazmente la represión (y para ello, de concentrar las informaciones y los instrumentos de decisión) sin que por eso se instituya un foco central y hegemónico de poder (Guttari, 1984: 50).

¿Quiénes forman parte del entramado nacionalitario hoy en día? Al término de una nueva recomposición nacional mundial, iniciada tras la Segunda Guerra Mundial y conocida como la fase de los movimientos de liberación nacional, hay en el primero, en el segundo y en el Tercer Mundo, pueblos que, en contextos muy diferentes, aparecen como otros tantos “abandonados” de la historia. Se citan a modo de ejemplo: “los palestinos, armenios, vascos, irlandeses, corsos, lituanos, orighoures, zingaros, indios, aborígenes de Australia...” (Guttari, 1984: 45). Respecto a esos hechos nacionalitarios, se nos dice, se deben superar las visiones reduccionistas,

...porque no pueden captarse en su dinámica considerando bajo el ángulo de una circunscripción unívoca, de tipo, por ejemplo racial, lingüístico o cultural. Se trata, en efecto, de formaciones subjetivas complejas, con componentes heterogéneos y hasta discordantes. Se encuentra uno siempre en presencia de encrucijadas, mezclas, desviaciones más o menos recobradas por una minoría y una voluntad colectivas. Tales grupos-sujeto pueden ciertamente encontrarse sometidos, cosificados debido a un cerco hostil o a un movimiento de corazón en sus emblemas de confinamiento nacionalista estrecho. Pero esta inversión centrípeta no es lo que caracteriza la revolución nacionalitaria que atraviesa nuestra época; corresponde a una reacción conservadora arcaizante que en el fondo es su antagonista. No señalaríamos lo bastante que lo que aquí importa no es la fusión de una comunidad, fuente a menudo de consensos opresores, sino el uso de procesos

de singularización, despejar espacios de libertad, deseo y creación, facilitados por la recomposición nacionalitaria (Guttari, 1984: 47).

En conclusión, nuestra definición de los movimientos nacionalitarios, aunque no coincide exactamente con ninguna de las tres acepciones mencionadas, participa en alguna medida de las tres. Recordemos que nos situamos en Europa Occidental ante pueblos en movimiento, de formaciones subjetivas complejas, con componentes heterogéneos y hasta discordantes, que han resistido a la asimilación ejercida por los estados nacionales durante varios siglos, por la producción de un proyecto de regeneración territorial y de recuperación lingüística-cultural con base en su identidad, recuperable por la reapropiación ideológica y representacional. Existe, pues, en los mismos, participación de la idea del Estado nación aun cuando se alejan de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. ¿Qué base sociológica-histórica tiene su regeneración? ¿Qué sabemos de la memoria de los pueblos? ¿Cómo se pasa de la estructurabilidad a la estructuración nacionalitaria? ¿Cómo se produce la categorización y la identificación nacionalitaria? ¿Qué papel juega la producción ideológica y representacional en la recuperación identitaria? ¿En qué condiciones los movimientos minoritarios llegan a triunfar? ¿Cuál es el papel de los valores a la hora de las decisiones colectivas?

Desarrollaremos todos estos temas elaborándolos tanto desde la sociología histórica como desde la antropología y la psicología social.

## 1. Las bases histórico-sociológicas explicativas de la reproducción de la reivindicación territorial y de la recuperación lingüística-cultural

La configuración territorial de Europa Occidental correspondiente, *grosso modo*, a la actual división en estados nacionales se había elaborado ya en el siglo XVI. Y por tanto, Nicolás Maquiavelo,<sup>1</sup> desde el corazón de ese alumbramiento, clarividente, advierte acerca de los problemas que va a encontrar esa configuración territorial, ya que los *estados absolutos*, que son las nuevas formaciones sociopolíticas erigidas con base en la conquista de un príncipe fuerte gracias a su ejército, van a necesitar del favor de los

ciudadanos habitantes de los territorios conquistados tanto a la hora de OCUPAR como a la hora de CONSERVAR el *statu quo* implantado. ¿De qué tipo de problemas se trata?

### Problemas de ocupación

La reflexión de Maquiavelo constituye un tratado de psicología política de valor universal. Distingue los territorios hereditarios, de los nuevos. Los nuevos, o lo son enteramente, o son añadidos al Estado del príncipe que los conquista. Y se centra en el estudio de estos últimos que son los que vienen a cuento con el tema que investigamos. Comienza por analizar los problemas que se dan en la acción misma de la ocupación de territorios por un príncipe fuerte gracias a su ejército: “los hombres cambian gustosos de señor, creyendo mejorar con ello, creencia que los induce a empuñar las armas contra su antiguo príncipe, cosa en la que se engañan, pues la experiencia les enseñará que, en vez de mejorar su situación, no han hecho más que empeorarla” (Maquiavelo, 1983: 8). Ahora bien, dado que ese cambio no es de equilibrio (según T. Parsons, en tal caso, el equilibrio existente se rompe para dar paso a un nuevo equilibrio, sin que el propio sistema resulte modificado) sino de estructura (según T. Parsons, eso se produce cuando la presión ejercida, desde fuera o desde dentro, sobre el sistema es demasiado fuerte, entrañando de esa forma una ruptura en la misma estructura del sistema) (Parsons, 1961: vol. 1, 37), “obliga al príncipe conquistador a maltratar a sus nuevos súbditos, ya con las guardias de soldados establecidas en sus tierras, ya con las otras muchas injurias que suele llevar consigo la conquista” (Maquiavelo, 1983: 8). En consecuencia, “el nuevo príncipe se crea enemigos en todos aquellos a quienes ofendió ocupando el principado; de modo que ni puede contar con la amistad de quienes lo llamaron, ni puede imponerse a ellos por medios violentos, pues les está obligando” (Maquiavelo, 1983: 8). En el mejor de los casos para el conquistador, aun cuando la conquista resulta efectiva “se pierde tan rápidamente como se había ocupado... porque el pueblo, que, confiado le había abierto sus puertas, viéndose decepcionado del bienestar que se le prometiera, no soporta más al nuevo señor” (Maquiavelo, 1983: 9). Y llevando hasta el extremo su estudio de la conquista, afirma, “verdad segura es que si se ocupa por segunda vez que se ha rebelado, se pierde más difícilmente,

<sup>1</sup> Nos hemos basado en la lectura de su obra *El Príncipe*. Hemos utilizado la edición de Planeta, S.A., Barcelona, 1983, con introducción, traducción y notas de Francisco Javier Alcántara, profesor de Lengua y Literatura españolas del Instituto Universitario del Magisterio M.S.A. de Roma.



porque la rebelión misma da al señor ocasión de castigar a los rebeldes, controlar a los sospechosos y poner su atención en los más débiles” (Maquiavelo, 1983: 9).

#### *Problemas de conservación*

Conquistar es imponer. La imposición depende, en primer lugar, de la superioridad de la fuerza, pero también de la astucia del conquistador que puede hacer creer al conquistado que se opera en su beneficio y, de esa forma, convertir las resistencias en ayudas. Pero, una vez realizada la conquista empieza un proceso mucho más difícil, consistente en operar la simbiosis de las mentalidades o de los modos de obrar, pensar y sentir entre el conquistador y el conquistado. Se trata de crear tipos de conducta o de pensamiento sociales que, como tales, estén dotados de un poder imperativo y coercitivo en virtud del cual se imponen, quiera o no quiera el individuo integrante de esa sociedad. Se plasman en reglas jurídicas, morales, dogmas religiosos, sistemas financieros, etcétera. Cuando esté completamente de acuerdo con ellos, esa coacción no se hará sentir o se hará levemente por ello resultará inútil. Pero no deja de ser un carácter intrínseco de esos hechos, y la prueba es que ella se manifiesta desde el momento en que se intenta resistir.

Esa simbiosis de mentalidades o la asimilación del conquistado por el conquistador resultará diferente según sean las condiciones. Maquiavelo plantea dos hipótesis. Primera hipótesis: “Ante todo, conviene saber si los territorios conquistados que pasan a formar parte del Estado del conquistador son de la misma región y tienen la misma lengua o no es así” (Maquiavelo, 1983: 9). En el primer caso es fácil conservarlos, nos dirá, “sobre todo si no se han acostumbrado a la LIBERTAD”. Se refiere a si vivían o no en un régimen autoritario o más o menos asambleario-comunitario, influyendo en cada caso de modo diverso sus modos de obrar, pensar y sentir. Así se explica que a veces se vean diferenciados en estados independientes propios, las regiones lingüísticamente iguales. La antropología lo tiene muy claro: “El idioma es una de las manifestaciones culturales más características de cada pueblo; pero nada más una de ellas, sin que pueda servir para deducir las demás ni para explicarlas por sí sólo” (Barandiaran, 1919: 365). La recomendación de Maquiavelo con el fin de conseguir la asimilación deseada es la siguiente: “El conquistador que quiera asegurar sus nuevos dominios debe respetar dos cosas: la primera, que se extinga la línea de sucesión del anterior príncipe; la segunda, no alterar las antiguas leyes y los tributos existentes” (Maquiavelo, 1983: 10). Exige mucho tacto y paciencia, pues es evidente que la tarea requiere dar tiempo al tiempo.

Segunda hipótesis: “si la conquista ocurre en territorios de lengua diferente y costumbres y formas de gobierno diversas” (Maquiavelo, 1983: 10), quiere decir que estamos en el caso de dos o más pueblos que, además de la diversidad lingüística, ofrecen diferencias en sus reglas jurídicas y morales, en los aforismos y dichos populares, en los artículos de fe en los que las agrupaciones religiosas o políticas condensan sus creencias, en los códigos sobre el buen gusto establecidos por las escuelas literarias, en el número y la naturaleza de las partes elementales de que se compone la sociedad, en la forma en que están dispuestas, en el grado de cohesión a que han llegado, en la distribución de la población sobre la superficie del territorio, en el número y la naturaleza de las vías de comunicación, en la forma de las viviendas, etcétera. Todo esto hace que “surjan en seguida las dificultades y el nuevo príncipe debe contar con buena dosis de fortuna y de habilidad para conservarlos” (Maquiavelo, 1983: 10). Y a continuación propone una serie de medidas políticas de corte psicosociológico para lograr la asimilación: la primera consiste en que

...el conquistador vaya a residir en las tierras recién adquiridas. Esto haría más segura y duradera la ocupación...

Habitando en el territorio ocupado puede observarse cómo nacen los desórdenes y ponerles temprano remedio... Además, estando el señor presente, sus funcionarios no pueden expoliar tan fácilmente la provincia conquistada... Y si algún jefe extranjero se dispusiera al ataque, tendría que pensarlo dos veces, pues es difícil que se pierda una provincia cuando su señor está en ella (Maquiavelo, 1983: 10-11).

La segunda es una práctica que es corriente en nuestros días. No sólo los regímenes autoritarios sino que también los democráticos lo utilizan profusamente con el fin de dificultar el funcionamiento del principio de identidad puesto en marcha con la producción de los movimientos nacionalitarios modernos. Se nos dice,

...también es excelente medio establecer colonias [significa el envío a las tierras conflictivas de todo tipo de gentes provenientes del territorio del ocupador: además de los agentes del nuevo orden, serían los de la administración y la enseñanza, los agentes económicos con sus fundaciones, los "inmigrados" pobres en busca de fortuna, etcétera] en dos o tres puntos clave del nuevo Estado; el no hacerlo, supondría mantener un vigilante y numeroso ejército de caballería e infantería. Las colonias no producen muchos gastos y el príncipe puede mantenerlas casi sin tocar el erario; las únicas personas que pueden dolerse son aquellas a las que se quite alguna tierra para darla a los nuevos colonos; dichas personas suelen reducirse a un puñado de campesinos. Si se dispersa a esas víctimas del expolio, es imposible que hagan mal alguno... En conclusión, las colonias no cuestan dinero al Estado, le son más fieles y no provocan daños; en cuanto a los expoliados, no darán quebraderos de cabeza por hallarse dispersos y sin medios (Maquiavelo, 1983: 11).

Como broche final de esta reflexión Maquiavelo ventila la máxima que rezuma su filosofía de fondo: "De lo dicho debe observarse que a los hombres conviene o atraerlos por las buenas o anularlos, porque de las ofensas leves se vengán, de las graves, no. De ahí que la injuria hecha a un hombre debe ser de tal envergadura que no deje lugar a reacción" (Maquiavelo, 1983: 11-12). No se trata de una frase escrita en un arrebató ya que se repite la misma máxima en otra obra suya, cuando dice: "A los súbditos se les debe beneficiar o, de lo contrario, anularlos" (Maquiavelo, s/f: 23).

Hasta aquí todo es claro. Maquiavelo se da cuenta de que conservar las conquistas pasa por la urgencia de contar con el CONSENSO POPULAR de los conquistados. Ahora bien, una cosa es obtener la amistad de los

súbditos y otra convertirla en situación duradera con visos de permanencia multiseccular y definitiva. Esto es lo que delatan, en primer lugar, los actuales movimientos nacionalitarios de Europa Occidental, a saber, que en ciertas condiciones los pueblos subyugados pueden volver a renacer siglos después en sus aspiraciones colectivas. Esta inquietud expresada en forma de pregunta consistiría en lo siguiente: ¿cuáles son las condiciones de reproducción, a largo término, de las reivindicaciones territoriales y de las recuperaciones lingüístico-culturales? ¿Cómo funciona la memoria colectiva?

Sobre las condiciones de reproducción nos serviremos de la reflexión de Maquiavelo en *El Príncipe*. Y haremos una breve referencia de cómo se incide en el mismo hecho con una estrategia vigorizada en la misma fundación del Estado nación, lo que hará que los movimientos de regeneración de los pueblos subyugados, desde ese mismo instante, se autodenominen "nacionalitarios".

#### *El caso particular que supone tener leyes propias en régimen de libertad*

Conseguir una ocupación y convertirla en conquista permanente constituye un problema de consideración especial para Maquiavelo cuando se trata de gobernar pueblos con leyes propias en régimen de libertad antes de la conquista. Y no le faltaba razón, ya que los actuales movimientos nacionalitarios de Europa Occidental se producen en pueblos con tales condiciones histórico-sociológicas. Como es costumbre en Maquiavelo, comienza por enumerar las posibles estrategias de gobierno para el caso.

Hay tres maneras de mantener el dominio de los estados [prácticamente en todos los pueblos con movimientos nacionalitarios existieron instituciones de sociedad global, equiparables a los estados, en alguna época de su historia] conquistados y que antes de la conquista vivían en libertad con leyes propias. La primera, arruinarlos; la segunda, ir a habitar personalmente en ellos; la tercera, dejarlos vivir con sus propias leyes, recabando tributos y creando en ellos un gobierno oligárquico que te lo conserven amigo (Maquiavelo, 1983: p 23).

Tras citar ejemplos históricos de aplicación de alguna de esas medidas aludidas concluye:

En verdad, no hay medio más seguro de posesión que la ruina. Y quien se adueña de una ciudad libre y no la aniquila, prepárese a ser aniquilado por ella, pues ésta tendrá siempre como enseña de REBELDÍA SU LIBERTAD Y SUS

ANTIGUAS LEYES, cosa que no se olvidan por mucho tiempo que pase y muchos beneficios que se reciban. Y por más que se haga o se prevenga, si no se extirpa la cohesión de los ciudadanos y se les disgrega, nunca olvidarán el nombre de la libertad y de sus viejas leyes, a las que recurrirán al menor incidente, como hizo Pisa al cabo de cien años de sumisión a los florentinos (Maquiavelo, 1983: 24).

La tarea de convertir una conquista en permanente la vio muy cruda Maquiavelo, pero, hoy en día, casi quinientos años después, podemos afirmar que la resistencia de las supervivencias sociales con características como las descritas resulta sorprendentemente reproductora. ¿Acaso no ha sido la estrategia inaugurada por el Estado nación el intento más racionalizado jamás habido en la historia de la humanidad para extirpar la cohesión de los pueblos con leyes propias en régimen de libertad? ¿Qué ha sucedido?

*El intento de disgregar los modos de obrar, pensar y sentir de los pueblos*

El Estado nación, sin lugar a dudas, es el intento más calculador y racional por destruir lo más profundo, a saber, los marcos mentales de las múltiples sociedades civiles que formaban el Estado absoluto erigido desde el siglo XVI. En el periodo que transcurre hasta la Revolución va emergiendo el nuevo cuerpo material de la sociedad “una e indivisible” que persigue el Estado absoluto. Se construye una inmensa maquinaria administrativa propia para dominar todas las periferias recientemente conquistadas, es decir, un sistema de roles institucionalizados funcionando de manera permanente en tanto que único detentador legítimo de la fuerza, que controla el territorio y ejerce su soberanía. Así surge el ejército permanente, mantenido y pagado por el poder real, y se suprime a partir de 1726 la existencia de tropas personales atribuidas a los poderes periféricos. Se formaliza el *jus publicum* frente al *jus privatum*. Se crean impuestos aplicados a todos los ciudadanos. Se inauguran las primeras empresas económicas bajo la tutela del Estado. Se controla la prensa y se lanza un diario del Estado en 1761. Se intenta controlar las conciencias a través de la Iglesia galicana, y el control de las universidades y la enseñanza.

No obstante el proceso centralizador y unitario seguido por el Estado absoluto, a la hora de la Revolución, permanece una variedad de formaciones mentales a modo de instituciones, leyes, religiones, lenguas, cos-

tumbres, privilegios, corporaciones, etcétera, formando MARCOS DE LARGA DURACIÓN (Braudel, 1959). Es precisamente sobre esos marcos que se activará el proceso de configuración de los estados nacionales o de los movimientos nacionalitarios, que aspirarán a nuevas formas de institucionalización social, una vez que se hace operativo el concepto de nación como proyecto de futuro para los pueblos. Ahora bien, ¿hasta qué punto reconocer la resistencia de las supervivencias va en detrimento de las fuerzas, materiales y espirituales, de la innovación? ¿Es posible tratar de la misma manera las estructuras de pensamiento formadas históricamente, que las estructuras económicas y jurídico-políticas? Esta ha sido precisamente la acusación hecha por ciertos investigadores sociales a Michel Foucault:

De hecho, por haber querido encerrar de esta forma los diversos momentos del “saber” en “cárceles de larga duración”, en “estratos arqueológicos”, Michel Foucault ha dado una interpretación personal y puramente literaria de la formación de los diversos “saberes”, pasando, sin verlas, al lado de verdaderas innovaciones, independientes a menudo de las viejas estructuras, pero que anunciaban otras nuevas (Vilar, 1980: 66).

Valga la observación de que en este momento no es nuestro propósito proseguir esta discusión.

A esos marcos mentales ataca la Revolución aboliendo las instituciones y leyes del antiguo régimen, anulando las corporaciones y los privilegios, basando la sociedad en una nueva moral de inspiración laica que sobrepase las diferencias creadas por la lucha religiosa y, sobre todo, combatiendo las lenguas y obrando en favor de la unidad lingüística-cultural. Estamos en el reino de la voluntad. Cualquier proyecto está justificado si se obtiene el consenso popular. El Estado tiene la voluntad de crear su nación, luego, él es legítimo si de ello se convence al pueblo. ¿Cómo se convence al pueblo? Dándole razones de superioridad del proyecto al *statu quo* reinante.

El informe del Abad Grégoire para la Convención Nacional es una perla en este sentido. Comienza por reconocer que “la resurrección de Francia se ha operado por imposición; se mantiene con majestad; pero la vuelta de un pueblo a la libertad no puede consolidarse en su existencia si no lo es por las costumbres y las leyes”.<sup>2</sup> A partir de esta introducción desarrolla los argumentos en favor del francés, la lengua nacional del nuevo Estado, convirtiéndola en eje y en fundamento

---

<sup>2</sup> Grégoire, 1991: 163-170 y extracto obtenido de la obra de A. Gazier, 1969: 290-314.

de la producción de nuevas costumbres y de nuevas leyes. En el primer argumento expresa que solamente el francés conlleva bienestar social e igualdad para todos los ciudadanos:

las demás lenguas son jergas pesadas y groseras, sin síntesis determinada, ya que la lengua es siempre la medida del genio de un pueblo, pues, las palabras no crecen sino con la progresión de las ideas, necesitando nuevos términos, sin el cual se rompería el equilibrio... ahora bien, el hombre de las campiñas, poco acostumbrado a generalizar sus ideas, nunca tendrá los términos abstractos (Grégoire, 1991: 165).

En el segundo se señala que el francés es generador de la hermandad: “la unidad de la lengua entre los niños de la misma familia apagará los restos de prevenciones resultantes de antiguas divisiones provinciales y estrechará los lazos de amistad que deben unir a unos hermanos” (Grégoire, 1991: 165). En el tercero equipara el francés con la verdad: “es, sobre todo, la ignorancia del idioma nacional lo que guarda a tantos individuos lejos de la verdad” (Grégoire, 1991: 166). En el cuarto se valora el francés como el medio indispensable para perfeccionar el sistema económico:

en algunas regiones meridionales de Francia, la misma cepa de viña tiene treinta nombres diferentes. Ocurre otro tanto en el dominio del arte náutico, de la extracción de minerales, de los instrumentos rurales, de las enfermedades, de los granos, y particularmente de las plantas... es necesario, pues, revolucionar las artes, uniformar su lengua técnica; es necesario que los conocimientos diseminados iluminen toda la superficie del territorio francés, como esas farolas, que sabiamente distribuidas en todas partes de una ciudad, reparten a la misma la luz (Grégoire, 1991: 166-167).

Al mismo tiempo se apunta la necesidad de continuar con la tarea de destruir los *patois*. Se citan varios objetivos como cumplidos o como indispensables a realizar. El primero se refiere a la misma Revolución que “ha introducido ya un cierto número de palabras francesas en todos los departamentos, donde resultan casi universalmente conocidas, y la nueva distribución del territorio que ha establecido nuevas relaciones que contribuyen a propagar la lengua nacional” (Grégoire, 1991: 168). El segundo, que también ha sido llevado a cabo ya, consiste “en la supresión del diezmo, de la feudalidad, del derecho consuetudinario, el establecimiento de un nuevo sistema de pesos y medidas, arrastrando una multitud de términos que no eran sino de uso local” (Grégoire, 1991: 168). El tercero que

se está llevando a cabo se refiere al ejército: “En general, en nuestros batallones se habla francés, y esta masa de republicanos que de esta forma habrá contraído el uso lo extenderá a sus hogares” (Grégoire, 1991: 168). Entre los indispensables a realizar se cita, en primer lugar, la necesidad de producir “algunas medidas morales, que no sean precisamente el objeto de una ley, y que puedan acelerar la destrucción de los *patois*” (Grégoire, 1991: 168). Y, en segundo lugar, llama la atención sobre una medida que hizo suya la Asamblea Constituyente el 14 de enero de 1790, a saber, la de traducir a los dialectos o *patois* los decretos constituyentes. Nos dice: “que si durante algún tiempo ha podido ser útil esa traducción, hay que ponerle fin, ya que la duración de esa práctica prolongaría la existencia de los dialectos” (Grégoire, 1991: 168).

Estamos ante una estrategia de producción de la nación, sirviéndose de la institución del Estado, que previamente ha sido conquistada revolucionariamente, por uno de los muchos pueblos o sociedades civiles existentes, formulándose con base en un solo marco mental en detrimento de otros muchos en una situación histórica dada. De modo que la nación es un proyecto a llevar a cabo. Esto explica que los pueblos de Europa Occidental, supervivientes a la estrategia uniformizadora de los marcos mentales llevada a cabo por los estados nacionales, tomen la forma nacionalitaria, formulando explícitamente la reivindicación territorial y la recuperación lingüística-cultural, operándose así una indiscutible mimesis respecto al Estado nación.

Esto nos obliga a reflexionar en otra dirección: ¿qué sabemos acerca de la memoria de los pueblos? Tanto la memoria colectiva como la memoria histórica han provocado muchos estudios. Desde que M. Halbwachs escribiera *Les cadres sociaux de la mémoire* en 1925 y legara a la posteridad *La mémoire collective*, su obra póstuma de 1950, se abrían nuevas vías para la psicología social y la sociología del conocimiento. Vamos a recurrir a esos estudios para dar cuenta de cómo funcionan los marcos mentales a la hora de la producción de los movimientos nacionalitarios.

## 2. Los marcos sociales, la memoria de los pueblos y los procesos sociales del recuerdo y del olvido

### *Los marcos sociales*

El individuo nace y se afirma obligadamente dentro de un marco social de memoria. Y esa relación entre

individuo y marco social produce la adhesión del individuo a ese fenómeno social. Cuando nos hallamos ante una institución formalizada en Estado nación, a la cual la sociología denomina sociedad global, podemos afirmar que estamos ante un marco social de memoria, y que por lo tanto, es un productor de adhesiones. Pero no es el único tipo de marco social de memoria. Existen otros muchos, como la familia, la institución religiosa, la clase o el agrupamiento étnico. Estos dos últimos, a diferencia de los demás, tienen la particularidad de poder constituirse en sociedades globales en ciertas condiciones históricas.

Las agrupaciones étnicas y las minorías nacionales son, asimismo, unas unidades suprafuncionales [significa que sus características se hallan ligadas a las propiedades de su unidad, y gracias a esa unidad del fenómeno social total, que les es propio, esas agrupaciones devienen estructurables, muy a menudo estructuradas, y sus funciones se hallan corrientemente expresadas en los estatutos de esas organizaciones], en la medida en que ambicionan, sea ocupar el lugar de la nación para sus miembros, sea integrar a éstos en una nación otra que aquella en el seno de la cual viven (Gurvitch, 1963: 314).

¿En qué condiciones históricas? En momentos de toma de conciencia de la clase o del agrupamiento étnico, en los cuales la memoria resulta integrada a la conciencia por el proceso de transformación que se opera cuando se da a sí mismo un proyecto de futuro como predominancia. Le suele acompañar una organización creciente en forma de sindicatos, partidos políticos o movimientos sociales, y una estructuración intensa, siendo cada vez más activa y realizándose con el concurso de los signos, señales, símbolos, ideas, valores, más o menos cristalizados. De esta forma la clase o el agrupamiento étnico adquieren una memoria colectiva efectiva cada vez más clara, integrándose directamente en la conciencia de clase o del agrupamiento étnico. En tal caso, no es posible destacar y tratar separadamente los diferentes aspectos de la conciencia, tales como la conciencia de sí mismo, la conciencia de las necesidades, la memoria, las representaciones sociales. Hay que tomar esa conciencia como un conjunto, que forma el fenómeno psíquico total.

### *La memoria de los pueblos*

La memoria se relaciona siempre con el pasado. Una sociedad se define, en parte, por sus orígenes, por su historia, por su evolución, por determinados acontecimientos memorables. La memoria puede ser indi-

vidual o colectiva. Aquí y ahora nos interesa particularmente en su dimensión colectiva. La memoria colectiva tiene dos funciones: referir la psicología individual a los patrones (*patterns*) sociales que la organizan; definir la función temporal de la ideología que toma a cargo el pasado para ponerlo al servicio del presente. M. Halbwachs distinguía, por un lado, la MEMORIA COLECTIVA como reconstrucción del pasado a partir de los intereses y del marco de referencias presentes en un colectivo, y por otro lado, la MEMORIA HISTÓRICA, que, por el contrario, es reconstitución de lo que ha sido efectivamente vivido por los participantes de una experiencia de vida. Reconstitución que no puede ir más lejos que la duración del tiempo, en el que se ha sido testigo directo, ya que se trata de una vuelta hacia ese tiempo, significa elegir determinado tipo de hechos, confrontarlos y buscar las correlaciones, con el fin de resolver un problema planteado por el pasado humano (problema económico, problema social, problema institucional, problema espiritual, o cualquier combinación compleja de estos problemas).

Profundicemos en estos dos conceptos. La memoria colectiva simplifica, resume, sintetiza, deforma y mistifica el pasado. A este fin recurre abundantemente al simbolismo. Es típico aunar algunos nombres de grandes personajes aureolados con el mito, como también unas cuantas fechas, unos cuantos lugares preñados de recuerdos y determinados acontecimientos más o menos deformados. Simplificadora y deformadora, la memoria colectiva es un poderosísimo agente de solidaridad social. Sus símbolos rezuman sentido. Sus recuerdos están cargados de afectividad comunitaria, son fuente de comunión psíquica y casi biológica; proporcionan una explicación de la situación del presente o, por lo menos, una racionalización; proponen, asimismo, una serie de lecciones para el futuro. De esta forma, proporcionan a una colectividad una parte de su identidad, y contribuyen poderosamente a la solidaridad colectiva, a la participación de sus miembros y a la orientación de la acción individual y colectiva. Hasta aquí está claro que se trata de corrientes de pensamiento vinculadas a colectivos definidos en marcos sociales. Pero M. Halbwachs en la obra *Mémoire collective* de 1950, llegó a diferenciar un tipo específico de esa MEMORIA COLECTIVA, que él denominó memoria social, refiriéndose a las corrientes de pensamiento que existen sin el apoyo de un colectivo. Se trata de los restos de memoria colectiva, que subsisten como residuos bajo la forma de transmisiones orales (cuentos, narraciones, rumores, canciones populares, rondas, estribillos, dichos, acertijos, proverbios, etcétera) y bajo la forma de restos de antiguos materiales (cuevas de habitación, pinturas rupestres,



dólmenes, crómlechs, caminos ancestrales, árboles sagrados...), antiguas costumbres (rituales de iniciación, ritos folklóricos, entre otros). Se concibe asimismo como formado por los efectos de los mecanismos sociales existentes en la memoria individual.

Volvamos a la memoria histórica. ¿Qué otra cosa propone la historia que no sea, en el mejor de los casos, edificar una sociología del pasado, y de forma frecuente reconstituir una política?

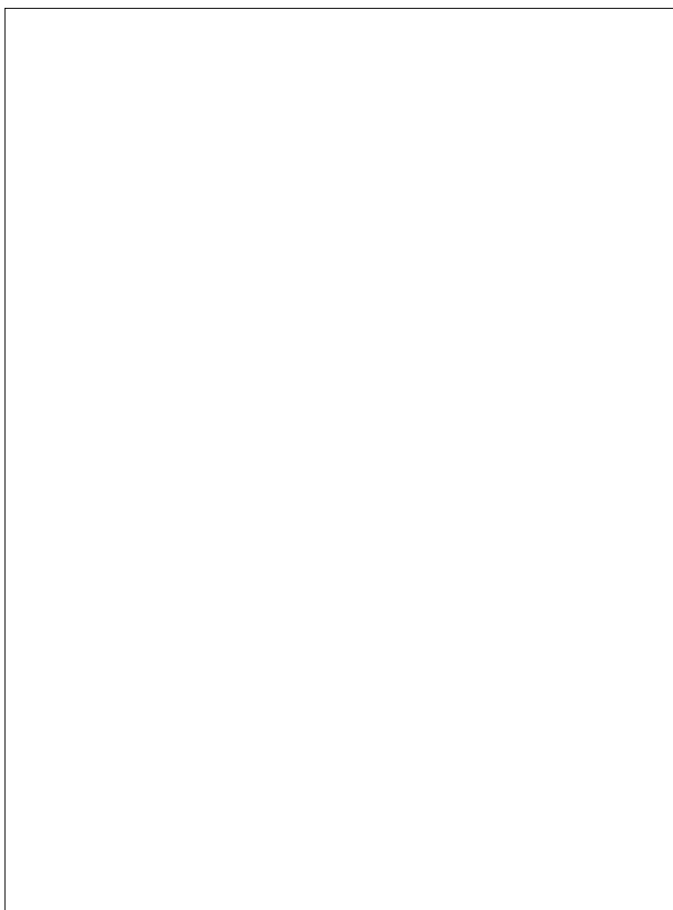
El objetivo de la historia no es “hacer revivir el pasado”, sino comprenderlo. Para esto hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas experiencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador no basta con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico... El sentido esencial de la investigación causal del historiador consiste en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico, gracias a los cuales la incertidumbre aparente de los acontecimientos particulares se desvanece ante la información global de la que carecían sus contemporáneos, y que nosotros podemos tener... El historiador es un físico, no un experto (Vilar, 1980: 22-23).

La memoria histórica es un arma que ha sido utilizada por las sociedades globales como argumento de su superioridad, y han acusado a los movimientos nacionalitarios de estar confabulando con las formas primitivas de la historia como son el mito y la crónica ¿Qué valoración científica merece esta práctica? Los mitos constituyen actualmente uno de los estudios favoritos de los etnólogos y psicólogos, como búsqueda de una lógica de formas, reveladora de rasgos comunes en las estructuras comunes de comunicación. Esa investigación no debería desestimar el contenido histórico de algunos mitos, mucho menos el de todos. Las crónicas consignan los acontecimientos relevantes (generalmente políticos y militares) de una época (generalmente de un “reinado”). Son a menudo los primeros testimonios escritos del pasado y, por lo tanto, los primeros documentos de la historia propiamente dicha, dada que los tiempos anteriores a la escritura se clasifican por definición dentro de la “prehistoria”. Así se expresa el historiador:

lo que hace posible la historia es la coexistencia y la combinación del testimonio subjetivo que nos cuenta lo que pretendían hacer los actores con el documento objetivo. Puesto que a través de esta combinación podemos aspirar a confrontar los acontecimientos y las intenciones —la historia “externa”, aparente— a los hechos de masas —historia “interna” de las sociedades, mundo de las

necesidades subyacentes—. Sin embargo, este doble registro de las fuentes de la historia se descuida a menudo. Crónicas y memorias —relatos de acontecimientos y testimonios subjetivos— han constituido durante largo tiempo el fondo del saber histórico (Vilar, 1980: 29-30).

La memoria nacionalitaria, de hecho, si bien parte de fenómenos sociales que podrían ser identificados como míticos y narrativos, a saber, de la memoria colectiva o social, a partir de la adquisición de la conciencia de sí, se convierte poco a poco en productora de memoria histórica, demostrando así su capacidad de devenir una sociedad global. No existe, pues, hoy en día, exclusivismo de ocupación para el binomio “memoria colectiva-memoria histórica”. Tanto la una como la otra enraizan a los pueblos en el pasado con vistas a orientar el futuro. La orientación normativa de la acción social descansa sobre el plano más profundo de la orientación hacia los valores por, y a través de, una riquísima gama de formas simbólicas e ideales. Esos fundamentos ideales y simbólicos son los que prestan a la orientación normativa de la acción su significación real, su coherencia interna. La orientación normativa de la acción, a su vez, confiere vida y



realidad a los valores, por cuanto los actualiza en unas conductas concretas y (o) simbólicas.

#### *Los procesos sociales del recuerdo y del olvido*

La psicología social ha dedicado investigaciones específicas al tema de los procesos sociales de los recuerdos. Para ilustrar este apartado nos serviremos del trabajo: "Halbwachs y la memoria colectiva: la imagen histórica de Europa como un problema psicológico-social" (Páez, Insúa y Vergara, 1992: 109-125). Al investigar los recuerdos autobiográficos más sobresalientes y vívidos, se ha encontrado que éstos son sociales. La gran mayoría de esos recuerdos se referían a actividades con otros y los recuerdos que tenían como contenido actividades solitarias de las personas eran bastante escasos (Pillimer *et al.*, 1990). Otra característica de los recuerdos es que los temas gravados en la memoria autobiográfica son positivos (un resultado clásico es de 50% de recuerdos positivos, un 30% de negativos y un 20% de neutros). Además los ciclos sociales actúan como marco de la memoria (Robinson, 1986). Por otro lado, si bien los sujetos recuerdan en orden los sucesos con bastante fidelidad, son muy poco fiables para entregar criterios cronológicos exactos. Linton (1986) encontró que para los recuerdos recientes las exploraciones cronológicas son fáciles, rápidas y fructíferas. Por el contrario, parecen ser las categorías de experiencia las que organizan nuestra evocación.

Sabemos, asimismo, que existe una especialización de roles en la memoria y que los recuerdos colectivos son más fiables que los individuales. Con respecto al primero, Wegner ha mostrado que, dentro de las parejas, los sujetos se especializan en áreas de memoria de forma que hay una memoria "distribuida" más eficaz que la de cada sujeto aislado (Schneider, 1991: 527-561; Fiske y Taylor, 1991). En cuanto al segundo punto, Stephenson y colaboradores han demostrado que los recuerdos generados por un grupo son más exactos que los generados por los individuos aisladamente —manteniendo todos los otros factores constantes (Schneider, 1991: 527-561; Fiske y Taylor, 1991).

Se han subrayado, también, las diferencias entre recuerdo y reconocimiento. El reconocimiento es superior al recuerdo; ambos correlacionan poco y son facilitados por variables diferentes. El hecho de que el reconocimiento sea, en general, superior al recuerdo (aunque en ocasiones esta relación se invierte) se explica porque el reconocimiento únicamente requiere generar o recuperar los estímulos, mientras que el recuerdo requiere discriminar entre una serie de estímulos de la memoria y luego discriminar. La revisión

metaanalítica de Stangor y McMillan (1992: 46-61) sobre la relación entre el carácter de la información y el recuerdo va a clarificar el panorama, estableciendo diferenciaciones en función de los tipos de medida de la memoria. Estos autores diferencian entre el recuerdo libre, el reconocimiento no corregido y la sensibilidad al reconocimiento de información congruente e incongruente. Las conclusiones confirman que hay una tendencia al mejor recuerdo y a la mayor sensibilidad de reconocimiento de la información incongruente, así como una tendencia al reconocimiento no corregido de información congruente.

Algo capital para nuestra investigación de los movimientos nacionalitarios es que la memoria se basa en los marcos de significado compartidos del lenguaje, a saber, que el recuerdo está fijado en la forma de frases y formas de lenguaje: "el uso del lenguaje para describir lo que ocurre y sus pretensiones concomitantes de objetividad, presuponen una pluralidad de conciencias" (Ramos, 1989: 63-81). El recordar se realiza bajo la forma de un dar cuenta o narración justificativa de la actitud que emerge al evocar un objeto o hecho. Primero emerge una actitud, que luego el recuerdo justifica (Bartlett, 1973). La actitud influye el recuerdo. Las respuestas afectivas son más rápidas y seguras que las cognitivas (Echeverría y Páez, 1989). Los sujetos que no comparten con otro su recuerdo de un hecho negativo presentan más problemas de salud física y mental (Pennebakert, 1990).

Otro aspecto directamente relacionado con el tema de los movimientos nacionalitarios es la constatación de que el recuerdo se realiza a partir de necesidades e intereses actuales de los colectivos. Una vez que la toma de conciencia nacionalitaria se pone en marcha se recurre a la recuperación de hechos olvidados del colectivo para reforzar su identidad social (Lewis, 1989: 161-184). Eso sí, según estudios de psicología individual, los sujetos exageran la consistencia entre su actitud pasada y presente. Los sujetos tienden a subvalorar su cambio y a acercar su actitud pasada a la actual.

En los movimientos nacionalitarios predomina la comunicación interpersonal, que algunos consideran como signo de estancamiento o arcaicismo de esas sociedades. En cambio, la psicología social viene a confirmar el papel central de la actividad social para mantener la memoria. Y, mientras se carezca de instituciones generadoras de actividad social, se mantiene bajo la forma de narraciones que se transmiten de persona a persona. Los procesos narrativos son mucho más deficientes por su constitución que la historia científica, pero cumplen con el objetivo de mantener viva la memoria colectiva. Primero, la historia narrada

simplifica y condensa. Segundo, agrega detalles que encajan bien con la historia que se cuenta. Tercero, hay un proceso de convencionalización. Está demostrado que la actitud previa de los sujetos influye en qué rumores cree y reproduce (Allport y Postman, 1977). Además, se ha comprobado que la discusión grupal polariza el juicio (Moscovici y Zavalloni, 1969: 125-135).

Para la continuación de nuestro estudio podemos concluir que la función social primera de la memoria colectiva es la reproducción del colectivo, valorizándolo y normativizándolo. Para eso, existen procesos de olvido de hechos negativos o recuerdos displacenteros. Se pueden reprimir, pero el más común es la negación y el silencio. También es corriente que se atribuyan a causas externas las conductas negativas del pasado del propio colectivo.

Mediante el recuerdo también se llega a negar el daño realizado al exogrupo. Está demostrado asimismo que en la memoria se codifican de forma más abstracta los hechos positivos de su propio colectivo y menos los de los extranjeros (Maas, Salvi, Arcuri y Semin, 1988: 981-983). Ahora bien, ¿cómo se explica que un marco social histórico, funcionando en un nivel de memoria colectiva, pase un día a funcionar con un proyecto de futuro o, lo que es lo mismo, a estructurarse con cohesión en manifestaciones de sociabilidad?

### **3. ¿Cómo se pasa de la estructurabilidad a la estructuración nacionalitaria?**

Hemos apuntado ya la existencia de marcos mentales, de marcos sociales y de fenómenos de memoria de pueblos diferenciados que se manifiestan en las sociedades globales de Europa Occidental desde la época de la formación de los estados absolutos. Podemos añadir, asimismo, que se observan actitudes colectivas más o menos continuas en los marcos sociales señalados. Actitudes colectivas que definimos como configuraciones sociales que implican predisposiciones tanto actuales como virtuales, involucrando reacciones y conductas comunes, empujando a asumir unos roles sociales precisos y a aceptar o a producir unos símbolos y unos valores particulares. Las actitudes forman un puente entre las opiniones y la estructura de valores que las orientan. A través de las actitudes se apunta a los valores de los individuos. Se pueden tener dos miradas investigatorias frente a las actitudes. La primera se interesa en las actitudes desde la perspectiva de la predicción de comportamientos. La segunda se interesa en las actitudes por lo que revelan como regularidades y modos de estructuración del universo

social categorizado de los individuos, es decir, los universos de valores profesionales, categoriales, nacionalitarios, estatales. Ahora bien, cuando una conducta colectiva concreta se actualiza, se mantiene y se afirma como más o menos continua, el ambiente favorable a la constitución del colectivo con proyecto de futuro se halla creado. ¿Qué otra cosa son, en efecto, las minorías étnicas que dan señales de vida en la Europa Occidental de nuestros días sino actitudes colectivas continuas oponiéndose a otras actitudes continuas?

Cualquier colectivo que analicemos nos dará como su referencia básica una actitud común más o menos visible o más o menos discreta, que sabremos explicar o no. Lo que está claro es que por la intermediación de esa actitud colectiva la unidad del colectivo se liga con las capas más espontáneas de la realidad social y se afirma como capaz de engendrar, en caso de necesidad, sus propios modelos, signos, símbolos, ideas, valores, etcétera, o de modificar los que le vienen dados desde instancias superiores. Sin embargo, a pesar de toda la importancia que posee este elemento de la actitud colectiva en la constitución y funcionamiento de un colectivo no es suficiente por sí solo para definir al colectivo en movimiento. Por varias razones. Numerosos casos de actitudes colectivas no provocan la formación de un colectivo en movimiento, ya sea porque se atan al conflicto del Nosotros en el interior del mismo colectivo, o al conflicto entre sociedades globales de hecho, o porque se trata de actitudes más bien virtuales, si no son rechazadas o inconscientes, y en todo caso totalmente pasivas. Para que una actitud colectiva continua pueda servir de base a un colectivo en movimiento es obligado que la misma prevalezca sobre las de Nosotros opuestos que se hallan integrados al mismo colectivo, al tiempo que sigan siendo parcialmente dependientes de actitudes más generales; es asimismo necesario que una actitud colectiva tenga un proyecto común que alcanzar; por último que esa unificación de actitudes y proyectos se traduzca en un marco estructurable.

Estamos ante el predominio de la sociabilidad activa sobre la pasiva, pero una actitud colectiva y activa con un proyecto común que alcanzar implica además unas características que superan la simple preponderancia de la sociabilidad activa. En efecto, la actitud colectiva activa y el proyecto o los proyectos a alcanzar dependen directamente del desarrollo de su esfuerzo unificador, de la capacidad de conseguir que las fuerzas centripetas predominen sobre las fuerzas centrifugas, lo que significa un comienzo de estructuración. Ahora bien, el carácter continuo y activo de la actitud colectiva que sirve de base a un colectivo, lo mismo que la

acentuación de los proyectos comunes, admiten múltiples grados y variaciones: por ejemplo, en un colectivo como la masa, la actitud es activa pero no continua, y el proyecto no es siempre perceptible; en un agrupamiento local, la actitud suele ser medianamente activa pero muy continua, y los proyectos a alcanzar saltan a la vista; en una familia, la actitud es poco activa pero continua, y los proyectos a alcanzar son claros; en un movimiento nacionalitario en lucha consciente contra el Estado, la actitud es muy activa y continua, pero los proyectos comunes a alcanzar, que son innumerables, pueden no aparecer con claridad o, por el contrario, devenir extremadamente precisos.

Queda demostrado el proceso del paso de la sociabilidad a la estructurabilidad, pero, ¿en qué consiste de hecho la estructuración? El término de estructurabilidad aplicado a los colectivos significa una tendencia hacia una disposición virtual de un equilibrio de unas jerarquías múltiples en su seno, y la puesta en evidencia de la posición, del rol y de las relaciones de grupo que se perciben desde fuera del mismo. Si esa tendencia se lleva a cabo y si ese equilibrio precario se adquiere, el colectivo resulta estructurado, lo que no equivale a declarar que quede organizado.

¿Qué condiciones se han producido para que se haya dado el paso de la estructurabilidad nacionalitaria a la estructuración de hecho y a la organización de los movimientos nacionalitarios en Europa Occidental de los siglos XIX y XX? Dos realidades complejas deben considerarse para una explicación del hecho. La primera se refiere a la creación del Estado nación aboliendo el antiguo régimen, lo que supone un ataque a las estructuras de cohabitación de las formaciones étnicas y regionales que se regían a través de las instituciones forales y los gobiernos de hegemonía compartida. Además se produce la asfixia de los marcos mentales, como hemos dejado demostrado con el comentario del informe del Abad Grégoire. Y como sustitución se ensalza la filosofía particular del gobierno expresada en los principios de soberanía, gobierno representativo y gobierno por consenso, y su propia fórmula para la administración social y el cambio social: estructuras administrativas políticas centrales. Ese proyecto de Estado nación, en un primer estadio, fue ocupando todos los estados de Europa Occidental, creando así un malestar en los colectivos internos étnicos o regionales. En un segundo momento, entre 1871 y 1914, una vez constituidos y saturados los mercados nacionales, los nuevos estados nacionales europeos rivalizan entre sí por el reparto comercial y colonial del mundo. El fenómeno fue proclamado y bautizado como imperialismo-nacionalismo por los teóricos de la expansión. Con unas proclamas aparentemente

humanistas-progresistas se desequilibran las estructuras ancestrales de los pueblos del Tercer Mundo. Pero esta actuación tendrá repercusiones tanto para el Tercer Mundo como para las nuevas instituciones del Primer Mundo. Esas exportaciones se combinaron para producir el fundamento estructural e ideológico del movimiento nacionalitario anticolonial y también de la política étnica postcolonial. Las pretensiones nacionalitarias hacia la autodeterminación y la libertad del dominio colonial fueron fácilmente rearticuladas, después de la independencia, en pretensiones subnacionalitarias hacia la autodeterminación y la liberación del gobierno del Estado central.

Aunque los observadores occidentales tardaron en percibir las similitudes, el nuevo “nacionalismo étnico” en Europa y en América del Norte fue paralelo en tiempo y contenido al “tribalismo” en Asia y África. La aparición complementaria de estos numerosos y geográficamente dispersos movimientos étnicos sugiere que procesos paralelos podrían identificarse operando a través de y dentro de estados produciendo las condiciones para la identificación étnica, y la formación de grupos y la movilización. Hay varios procesos económicos y políticos funcionando a través de los estados que están asociados con la estructura y operación del sistema estatal mundial y que ejercen presiones a favor de la identificación y acción étnica y que contribuyen a un resurgimiento de la etnicidad entre grupos étnicos establecidos y a la aparición de la etnicidad entre grupos étnicos nuevamente formados (Nagel, 1989: 79-80).

Nos estamos introduciendo en otra dimensión: la de saber cómo son los procesos de identificación social. Una tarea que llevaremos a cabo a través de las investigaciones psicosociales que son importantes en la materia. Pero antes, recordemos que para la sociología del nacionalismo, “existen al menos cinco tipos de fuerzas estructurales que tienden a fomentar la identificación étnica individual, que promueven la formación de grupos étnicos y que contribuyen a la movilización étnica. Y son: las adscripciones, la territorialidad, la organización económica, la organización política y la rivalidad internacional” (Nagel, 1989: 81-82).

#### **4. Categorización e identificación social y nacionalitaria**

Una vez que un colectivo se estructura, tiene absoluta necesidad de ser “proyectivo”, a saber, de movilizar sus miembros con base en un proyecto, teniendo que cuidarse tanto del espontaneísmo como del burocracia-

tismo. Es un problema de articulación de la movilización y su organización. Son dos dimensiones opuestas y al mismo tiempo complementarias de la solidaridad. Un movimiento no puede durar en el tiempo sin una organización, pero en el desarrollo tiende a destruirse y en consecuencia, a burocratizarse. Eso requiere que dicho colectivo sea a la vez participativo y jerarquizado. Estas dos nuevas dimensiones son asimismo opuestas y complementarias. En la medida en que el colectivo llega a articular todas estas formas de solidaridad se hace sólido. ¿Qué sabemos de los procesos fundamentales que intervienen en la formación de la solidaridad colectiva?

Muchos psicólogos sociales han establecido, como fruto de innumerables observaciones y experiencias llevadas a cabo, que los seres humanos tienen una gran propensión a compararse los unos con los otros (Doise, Deschamps y Mugny, 1978). Está muy claro que la condición efectiva de esa diferenciación se da en los colectivos en competición (Sherif y Sherif, 1979). Pero esa discriminación frente al exogrupo también se produce en situaciones donde no hay de por medio competición alguna, quedando claro que la voluntad de discriminar es más fuerte que el apetito de la

ganancia (Tajfel *et al.*, 1971: 149-177). ¿Cómo se explica la aparición de representaciones, evaluaciones y comportamientos discriminatorios en situaciones no competitivas? Tajfel y Turner (Tajfel y Turner, 1979; Tajfel, 1984; Tajfel y Turner, 1989) argumentan la voluntad que manifiestan los individuos de mantener o acceder a una identidad social positiva. Esa voluntad les incita a valorizar las características de su propio colectivo y a desvalorizar las de los comparables con el suyo. Si esos colectivos resultan ser irremediablemente superiores al suyo, se esfuerzan por cambiar el criterio de la comparación, introduciendo una nueva dimensión sobre la cual puedan pretender ser mejores. Pueden, asimismo, buscar mejorar los resultados del colectivo o dejar el colectivo. Si no queda otro remedio podrán incluso buscar la comparación con otro colectivo, de menor *status*, tomándolo como grupo de referencia negativa y, paralelamente, tomarán al colectivo que les es superior como grupo de referencia positiva y desarrollarán respecto al mismo una conciencia vergonzosa.

La diferenciación categorial interviene, pues, en la formación de la solidaridad ayudando a los individuos, en ciertas condiciones, a enumerar y valorizar uno o

varios rasgos, que tienen en común, y les distinguen de otros al tiempo que se sienten orgullosos. Este proceso es la parte negativa de la construcción de la identidad, en la medida en que consiste en una definición de sí mismo contra los demás. La presencia o ausencia de ciertas condiciones facilita o frena el proceso de diferenciación categorial. Guy Bajoit (1992: 199-201) estudia cuatro de esas condiciones. La primera es la COMPETICIÓN entre dos colectivos. La lucha estimula fuertemente la discriminación. Habría que distinguir la competición, del conflicto y de las contradicciones. La competición ha sido estudiada como pieza fundamental en la motivación de los actores sociales. McClelland (1953) elaboró un test para discernir las reacciones y las emociones de los sujetos en situaciones competitivas en las que la conducta y la realización de sí mismo son evaluadas conforme a unos criterios de excelencia. La historia imaginaria redactada por el sujeto revela su necesidad de triunfar en aquello que emprende y el nivel de excelencia

que se autoimpone, la confianza con que emprende y lleva a cabo tareas más o menos difíciles. Quiso aislar y medir lo que él dio en llamar la necesidad de éxito. El test no está destinado a medir ni el éxito como valor, ni la necesidad de éxito frente a unas tareas específicas, sino la actitud general de una persona en toda situación competitiva que exige un nivel de excelencia. Además extendió la aplicación de su técnica a los instrumentos más genuinos de la memoria colectiva postulando que las obras literarias, sobre todo los cuentos, las fábulas, las historietas, ofrecen el mismo carácter que un test proyectivo, por cuanto sus autores expresan inconscientemente en ellas su necesidad de éxito.

Sobre la base de numerosas encuestas llevadas a cabo en diferentes países y en diferentes épocas históricas, McClelland formula las conclusiones siguientes:

- La necesidad de éxito varía de una persona a otra. Pero, además, también las colectividades se diferencian de idéntico modo: países, grupos religiosos, grupos étnicos, clases sociales, épocas históricas, etcétera, tienen grados diferentes de motivación de éxito.
- El análisis del desarrollo económico de un determinado número de países industrializados, entre los años 1925 y 1950, demuestra que aquellos en los que, en 1925, se pudo identificar una fuerte motivación de éxito (por el estudio de los manuales escolares) han conocido una expansión y un desarrollo económicos más rápidos que los otros.
- El estudio de 45 sociedades arcaicas demuestra que aquellas en que más elevada es la motivación de éxito han dado prueba de una actividad económica más intensa.
- Análisis relativos a determinadas épocas históricas revelan que una motivación elevada de éxito precede inmediatamente a un periodo de desarrollo económico; que la motivación de éxito disminuye en el momento en que el desarrollo económico alcanza su más alto nivel, y que un decrecimiento de la motivación de éxito entraña una regresión económica. Esta evolución ha podido observarse en los casos siguientes: en Grecia (900-100 a.C.), en España (1200 hasta mediados del siglo XVIII), en Inglaterra (1400-1830), en Estados Unidos (1800-1950) y en el imperio inca de Perú (800 a.C. a 700 d.C.).
- La motivación del éxito opera como un factor de desarrollo económico, porque es un elemento

fundamental del espíritu de empresa económica y, exactamente, de la mentalidad del empresario, tanto en una estructura socialista o comunista como en una estructura capitalista.

La segunda condición influyente en la definición categorial es la VISIBILIDAD del adversario. Para que una categoría discrimine bien es absolutamente necesario que se identifique a su adversario. Puede ser que el adversario cambie en el curso de la acción. Hemos señalado ya cómo la comparación es adaptación continua con el fin de favorecer la identificación social. Alain Touraine (1965)<sup>3</sup> cuando formula el principio de oposición para definir los movimientos sociales se refiere precisamente al papel del adversario. Un movimiento social existe porque ciertas ideas no son admitidas, o porque ciertos intereses particulares son reprimidos. Combate pues siempre contra una resistencia, contra un bloqueo o contra una fuerza de inercia. Tiene necesariamente adversarios. Y conviene conocer la naturaleza de esos adversarios para centrar o modificar la orientación de un movimiento. Everett Hagen (1962) intenta analizar los mecanismos psíquicos que, en situaciones de frustración colectiva, pueden suscitar en algunas personas un espíritu de rebelión y un deseo de innovación. Si esa rebelión define al grupo opresor, puede nacer el deseo de una nueva identidad personal y social. Esta búsqueda de una nueva identidad favorecerá la elevación de la necesidad del éxito, a saber, animará a los agentes innovadores a intentar romper el "círculo vicioso". Esos agentes innovadores contribuirán a la elaboración de unas representaciones sociales e ideológicas de liberación o desarrollo.

Una tercera condición consiste en la REACCIÓN del adversario ante la diferenciación categorial que se intenta establecer en su campo de acción dominado uniformemente hasta entonces. Si el adversario es de naturaleza autoritaria responderá con la REPRESIÓN. Lo cual supone la agudización del proceso de diferenciación categorial, aunque no significa que se haga positivamente. La represión puede crear tal clima de miedo que provoque secretismo, clandestinidad y repliegue sobre el individualismo.

Una cuarta condición es el mayor o menor grado de DESIGUALDAD existente entre los actores del movimiento. Cuanto más iguales sean los actores mayor será su fuerza en el proceso de diferenciación categorial. Los modos de producir la diferenciación categorial pueden ser diferentes, pueden basarse en rasgos dicotómicos

---

<sup>3</sup> La versión castellana es *Sociología de la acción*, Ariel, Barcelona, 1969.

para diferenciarse y discriminarse de los otros o pueden crear proyectos o intenciones proyectivas abiertas hasta para dar cabida al mismo adversario. Se trata de dos posiciones de consecuencias muy distintas.

Acabamos de exponer cómo interviene la diferenciación categorial en la formación de la solidaridad. Veamos ahora cómo se produce la identidad social en tanto que elemento esencial de la estrategia de la solidaridad. Siguiendo a R. K. Merton (1965) podemos establecer que una categoría social deviene una colectividad en la medida en que sus miembros consiguen adquirir una identidad común. Y el principio de identidad, según expresión de A. Touraine, es uno de los tres principios imprescindibles para existir en cuanto organización con control social y, en consecuencia, poder optar por institucionalizarse como tal en la sociedad. La identidad social comporta un aspecto cognitivo, un aspecto evaluativo y un aspecto emocional.

La formación de una identidad social en los miembros de una categoría social es el resultado del encuentro de dos estrategias: la del individuo con la colectividad, y la de la colectividad con el individuo. El individuo puede hallarse en tres situaciones respecto a la colectividad: si al descubrir su grupo de pertenencia la toma como referencia positiva querrá quedarse en el mismo; si, en cambio, la referencia es negativa querrá salirse del grupo; si, por último, la descubre como referencia positiva pero se da cuenta de que no es su grupo de pertenencia querrá entrar en el mismo. Además los miembros de un grupo se sentirán orgullosos al reconocer en los demás los trazos específicos de su identidad, si quieren seguir perteneciendo al grupo y los demás les animan a ello. Si, por el contrario, el grupo se opone a algunos de sus miembros, al tiempo que tolera su presencia, éstos se convertirán en marginales. Si el grupo de referencia deja de serlo y los otros miembros los rechazan, durante el tiempo que permanezcan serán disidentes. En conclusión, podemos deducir que la solidaridad de un colectivo será tanto más orgullosa en la medida en que esté fundada sobre la identidad orgullosa de la mayoría de sus miembros.

¿Por qué los individuos evalúan positivamente y adoptan los trazos específicos comunes a los miembros de una colectividad? Porque tienen necesidad de gentes iguales para alcanzar las FINALIDADES que persiguen en sus intercambios con los otros. Esos intercambios sociales crean y explican las estructuras de sentido y de control social que producen. Digamos que existen dos tipos de identidad: una condicional y la otra intencional. Ahora bien, las dos identidades se adquieren por un mismo proceso de identificación, que denominamos instrumental, ya que se trata de

una identificación que no implica al individuo en su totalidad, sino en tanto que rol o interés social: tengo necesidad de los otros porque entre los mismos hay quienes saben mejor que yo como resolver los desafíos. En conclusión, los individuos adoptan y valorizan los trazos comunes y específicos porque tienen necesidad los unos de los otros para hacer frente en sus intercambios a otras categorías de individuos.

¿Cuáles son las condiciones de formación de una identidad orgullosa?

La primera condición se refiere al grado de homogeneidad de la categoría social considerada. Puede provenir, en primer lugar, de los efectos de la concentración geográfica. En segundo lugar, de la uniformización del *status* y de las condiciones de trabajo. En tercer lugar, de la unidad cultural (lengua, religión, sexo, edad, entre otros) que puede ser un simple hecho histórico.

La segunda condición se refiere a las tradiciones de lucha. Un actor colectivo forja su identidad en las prácticas que realiza.

La tercera condición se refiere a la contribución de un actor en la persecución de las finalidades del otro a la hora del intercambio. Si el adversario tiene la más grande necesidad de contribución de su colaborador, éste podrá apoyarse sobre su competencia, y sobre la dependencia del otro para exigir una retribución.

Como conclusión digamos que cada individuo, puesto que se involucra en numerosos intercambios sociales, puede adoptar y valorizar múltiples identidades, y según las circunstancias articularlas de forma diversa.

¿Cómo se legitima una solidaridad y se orientan significativamente las conductas? En otros términos nos preguntamos, ¿cómo nacen, viven y mueren las ideas? La sociología de los modelos culturales y de la ideología nos puede ayudar en este quehacer. La aportación de R. Boudon (1986: 105) nos parece la más adecuada. La adopción de una idea cuando entra a formar parte de una ideología sería el resultado de tres tipos de efectos: el efecto de situación, el efecto de comunicación y el efecto epistemológico.

Empecemos por el efecto epistemológico. Quiere decir que cada productor de ideas obedece a una orientación epistemológica particular, que se inscribe en un principio de sentido más general: el modelo cultural. Según los antropólogos y los sociólogos el modelo cultural se refiere a reglas o normas que sirven de guías o tipos en la orientación de la acción. Los modelos colectivos tienen la característica de ser compartidos por los miembros de una colectividad de personas. De esta forma, el efecto epistemológico permite comprender cómo los productores de ideas,

al interpretar la realidad, hallan pertinentes las preguntas que formulan y tienen por verdaderas las respuestas que dan.

Una vez que las ideas han sido producidas, el efecto de comunicación toma su relevo. Que sean verdaderas o falsas ya no tiene importancia. Se adoptan porque el prestigio del productor recae sobre la gente, y en razón del efecto epistemológico les hace hallar evidentes.

Pero todos los sistemas de ideas no son adoptados igualmente por el público: determinados públicos rechazan y combaten ciertas ideas a las que otros se adhieren. Se trata de los efectos de situación que nos permiten comprender esta selección de ideas. El público se adhiere a las ideas que corresponden a su posición social, es decir, a las que legitiman sus intereses, o corresponden a sus disposiciones culturales.

¿Estos principios de la teoría grupal, qué relación tienen con el movimiento nacionalitario? Para realizar esta aproximación nos serviremos del artículo "En torno al concepto grupal de nación: una lectura psicosocial" (Ramírez Dorado, 1989: 253-258). Cuando H. Tajfel se plantea el problema de la definición del concepto de grupo recurre a la definición de nación proporcionada por el historiador R. Emerson (1969). Detrás de esa definición late el concepto sherifiano de pertenencia grupal como "identificación de grupo". Por otro lado, H. C. Kelman (1983) al definir la nación como "comunidad de individuos que, sin conocerse personalmente, encuentran poca dificultad para establecer un terreno común de comunicaciones", hace compartir la propiedad de "establecer un terreno común de comunicaciones" con los pequeños grupos. Destaca además el carácter sentimental de la unión al grupo nacional, basado en la percepción de dicho grupo como representativo de la identidad personal del sujeto.

La nación, que había sido definida en términos internos, de identificación intragrupal, con H. Tajfel comienza a necesitar unos criterios externos, a saber, el consenso externo de que tal nación existe, lo que equivale a un reconocimiento intergrupalo. El sentimiento de pertenencia a una nación es resultado de un consenso compartido a tal pertenencia. La identidad nacional, fruto de un proceso activo y dinámico, se lograría mediante la comparación con otros grupos nacionales y en virtud de la inserción del individuo en una estructura multinacional. Habría dos categorías de grupos nacionales: la de los que poseen Estado (superior) y la de los que carecen de Estado (inferior). El nacionalismo, entendido como la búsqueda de la dignidad personal a través de la identificación de la nación con un Estado independiente, proporciona al sujeto el sentido de participación y de control del

propio destino. La autoimagen positiva derivada de la categorización positiva del endogrupo nacional hace coincidir las nociones de grupo nacional de pertenencia y grupo nacional de referencia. De otra manera, las funciones comparativa y normativa de los grupos de referencia se cumplen en el endogrupo de pertenencia nacional "inferior". De donde se sigue que el salto de lo interpersonal a lo intergrupalo que conlleva el movimiento nacionalitario no afectaría a todos los miembros de la nación por igual. En conclusión, los procesos psicosociales de los movimientos nacionalitarios resultan paralelos a los de cualquier categoría social en proceso de identificación social. Son procesos de influencia de las minorías activas sobre las mayorías establecidas. Tienen sus propias leyes. Las estudiaremos más adelante, pero por ahora, digamos algo sobre cómo se aseguran las identidades, es decir, sobre el papel de las representaciones sociales en la conformación y conservación de las identidades sociales y nacionalitarias.

## **5. Las representaciones sociales y nacionalitarias**

Según S. Moscovici (1983) representarse socialmente como objeto es integrar lo nuevo a lo antiguo o convertir lo extraño en lo familiar. En este proceso generalmente la memoria prevalece sobre la deducción, el pasado sobre el presente, en otros términos, representarse algo socialmente está intrínsecamente asociado al uso de la memoria. Además sabemos que una representación es social no tanto por el contenido, como por ser compartida por una colectividad, y sobre todo por sus funciones de defensa de la identidad grupal (nacional), por su carácter comunicativo y por su carácter normativo (Jodelet, 1991).

Si en algún caso está justificado el tomar por objeto de estudio los instrumentos de construcción de un objeto, a saber, hacer la historia social de las categorías de pensamiento del mundo social, ése es el caso de una "realidad" que, siendo ante todo representación, depende profundamente del conocimiento y del reconocimiento. Hemos podido demostrar ya cómo se procede a la categorización e identificación social y nacionalitaria. Todo el mundo sabe, por otro lado, que los movimientos nacionalitarios, realidades estructuradas y organizadas, según una estrategia de solidaridades, se definen en función de diferentes criterios que no coinciden jamás perfectamente. Y esta última realidad es en sí misma una "realidad" que merece que meditemos. La "realidad", en este caso, es enteramente social, y podemos asegurar que las razones más



“naturales” se apoyan sobre unos rasgos que no tienen nada de natural ni de razonable, y que son en una gran parte producto de una imposición arbitraria, es decir de un estado anterior de relación de fuerzas en el campo de las luchas por la delimitación legítima de las unidades territoriales.

A la hora de analizar el acto de la categorización e identificación nacionalitaria nos dejaremos guiar por Pierre Bourdieu (1980). Hay que suponer que el papel de las representaciones sociales es importante, ya que de antemano tenemos conocimiento del papel jugado en la construcción del Estado nación y el que siguen jugando en la reproducción del mismo. Así, observamos que las clasificaciones prácticas están siempre subordinadas a unas funciones prácticas y orientadas hacia la producción de efectos sociales; asimismo, las representaciones prácticas pueden contribuir a producir lo que aparentemente describen y señalan, es decir, la realidad objetiva.

La búsqueda de criterios “objetivos” de identidad nacionalitaria no debe hacer olvidar que, en la práctica social, esos criterios son el objeto de representaciones mentales, es decir, actos de percepción y de apreciación, de conocimiento y de reconocimiento, donde los agentes invierten sus intereses y sus presupuestos, y son el objeto de representaciones objetales, en las cosas (emblemas, banderas, insignias, etcétera) o en los actos, estrategias interesadas de manipulación simbólica que apuntan a determinar la representación (mental) que los demás puedan hacerse de estas propiedades y de sus portadores. Dicho de otra manera,

los rasgos que enumeran los estudiosos objetivistas, desde que son percibidos y apreciados como lo son en la práctica, funcionan como signos, emblemas o estigmas. Eso es así, y no existe sujeto social que pueda ignorarlos prácticamente, las propiedades (objetivamente) simbólicas pueden ser utilizadas estratégicamente en función de intereses materiales, pero también simbólicos de su portador.

Las luchas de categorización e identificación nacionalitaria son luchas de clasificaciones, luchas por el monopolio de poder hacer ver y hacer creer, de hacer conocer y de hacer reconocer. Es decir, de imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social a través de los principios de delimitación que, cuando se imponen al conjunto de un grupo, forman el sentido y el consenso sobre el sentido, y en particular sobre la identidad y la unidad del grupo.

El discurso nacionalitario es un discurso que busca el resultado tratando de imponer como legítima una nueva definición de fronteras, y dando a conocer y reconocer la nación así delimitada contra la definición dominante, reconocida y legítima que la ignora. Se trata de recorrer a la inversa lo que recorrió el Estado nación cuando impuso sus fronteras, su lengua nacional, sus emblemas, sus banderas, sus insignias, etcétera, es decir, el acto jurídico de delimitación, produciendo de esa forma la diferencia cultural, que redundaría a su vez en la producción de las cosas y de los actos que lo componen.

El acto de la categorización, cuando llega a hacerse reconocer o a ser ejercida por una autoridad reconocida,

ejerce por sí mismo poder. Ahora bien, las categorías nacionalitarias para llegar a ejercer ese poder, instituyen una realidad usando el poder de construcción ejercitado por la objetivación en el discurso. El acto de magia social que consiste en intentar producir para la existencia la cosa nombrada puede tener éxito si el que realiza el acto es capaz de hacer reconocer a su palabra el poder que se arroga por una usurpación provisional o definitiva, de imponer una nueva visión y una división del mundo social. De aquí podemos concluir que el acto mismo de enunciar es proporcional a la autoridad del que lo enuncia; pero depende también del grado en que el discurso que anuncia al grupo su identidad esté fundado en la objetividad del grupo al que se dirige, es decir del reconocimiento y de la creencia que le otorgan los miembros de ese grupo, tanto como en las propiedades económicas o culturales que tengan en común.

El poder que se trata de llevar a la existencia sobre el grupo en tanto que grupo es inseparable del poder de formar el grupo. Imponiendo unos principios comunes de visión y de división: una visión única de su identidad y una visión idéntica de su unidad. El hecho de que las luchas por la identidad impliquen la imposición de percepciones y categorías de percepción explica el lugar determinante que la dialéctica de la manifestación alcanza en todos los movimientos nacionalitarios. El poder cuasi mágico de las palabras viene de la objetivación y la oficialización del hecho que supone la nominación pública.

La relación que los movimientos nacionalitarios tienen con las representaciones la extrapolan los partidarios de la explicación subjetivista, argumentando que los militantes pasan de la representación de la realidad a la realidad de la representación. Este punto de vista no entiende que toda realidad social es el lugar de una lucha permanente para definir la realidad. Y que toda realidad social pasa por dos momentos: por la institucionalización (lo único que los subjetivistas consideran objetivo). Olvidan que la institucionalización es el resultado de un proceso, en un momento dado del tiempo de ese proceso, de lucha por hacer existir o hacer desaparecer lo que existe, y por las representaciones, enunciadas como búsqueda de resultado, pretendiendo hacer ocurrir lo que enuncian.

En el caso de los movimientos nacionalitarios las representaciones sociales nos dan cuenta de las luchas propiamente simbólicas en las que los agentes se hallan involucrados tanto individualmente como colectivamente, en situación organizada. Luchas que tienen por apuesta la conservación o transformación de relaciones de fuerzas simbólicas y de beneficios correlativos, tanto económicos como simbólicos, enla-

zados con manifestaciones simbólicas (objetivas o intencionales) de la identidad social. Es una lucha por criterios de evaluación legítimos, donde los agentes sociales juegan con los intereses potentes, y a veces tan vitales, que el desafío no es otra cosa que el valor de la persona en tanto que identidad social. Cuando los dominados en las relaciones de fuerzas simbólicas entran por la vía de la movilidad individual no tienen otra opción que la aceptación de la definición dominante de su identidad o la búsqueda de la asimilación, lo que supone un trabajo para hacer desaparecer todos los signos propios que le recuerden los estigmas, y la adecuación a través de estrategias de disimulación a la imagen de sí lo más alejada posible de la identidad legítima. Por el contrario, cuando se pone en marcha una lucha colectiva para la subversión de las relaciones de fuerzas simbólicas, tratando de derribar el sistema de valores que producen los rasgos estigmatizados, es un esfuerzo hacia la autonomía. Entendida como el poder de definir conforme a sus propios intereses los principios de definición del mundo social. Conlleva como desafío el poder de apropiarse de los provechos simbólicos asociados a la posesión de una identidad legítima. Se trata pues de una revolución simbólica contra la dominación simbólica y los efectos de intimidación que la misma ejerce. En el centro de los movimientos nacionalitarios se nos aparecen los objetos estigmatizables (territorio, lengua, costumbres, instituciones...) como elementos que dan a la revuelta no solamente sus determinantes simbólicos sino también sus fundamentos económicos y sociales. Y con la activación de esos estigmas nacionalitarios nos enfrentamos al papel fundamental de las minorías activas ¿Qué sabemos acerca de las minorías activas?

## **6. ¿En qué condiciones los movimientos nacionalitarios pueden llegar a triunfar?**

En psicología social existen dos teorías para explicar la influencia de las minorías activas. La primera se funda en la idea de la dependencia: los miembros del grupo vivirían una situación de incertidumbre por faltarles informaciones y normas de comportamiento para actuar sobre su entorno; ahora bien, eso hace que dependan de los líderes, quienes poseen esas informaciones y esas normas; luego esa dependencia es la que explica su influencia (Leyrens, 1979). La segunda, fundada sobre la idea de la consistencia, viene a acentuar la constancia, la perseverancia y el compromiso inflexible existentes en las minorías activas a la hora de introducir el conflicto en la mayoría; ese conflicto provocaría la incertidumbre y llevaría a la

mayoría a modificar su opinión y su conducta (Doms y Moscovici, 1984).<sup>4</sup> Ambas parecen complementarias a la hora de explicar los movimientos nacionalitarios y su influencia sobre los estados nación.

¿Cómo una colectividad, siendo una minoría, lo que equivale a carecer de la fuerza numérica, de poder y de competencia necesarios, puede imponer su punto de vista a una población de mayor importancia? Comencemos por aclarar dos términos incluidos en la pregunta que hemos formulado. El primero se refiere a la inversión habida en los planteamientos de la influencia. Inversión, ya que durante décadas el estudio de la influencia se reducía al proceso de la conformidad. Las colectividades que desobedecían la regla de la conformidad de la sociedad global normalizada eran consideradas como desviadas, ineficaces e inadaptadas. El proceso de la conformidad significaba asegurar la continuidad de la existencia de la sociedad global normativizada.

Las experiencias llevadas a cabo por Asch (1956), quien se dio cuenta que no siempre se imponía la percepción correcta del individuo sobre la opinión errónea del grupo; o por Hoffman (1965), quien al analizar la resolución de un problema dentro de un colectivo observó que “cuanto más complejos eran los problemas, más perjudicial era la tendencia de los miembros del grupo para llegar a un consenso, siendo el precio a pagar, llegado el caso, la imposibilidad de alcanzar una mejor solución”. Quedaba así en evidencia que la conformidad no tiene todas las virtudes que se le atribuyen. Resultaba evidente que había que disociar los fenómenos del poder y los fenómenos de la influencia. Se considera que la posesión de normas o contra-normas y el estilo de comportamiento adoptado para expresar un punto de vista son los factores principales del éxito de la influencia.

El segundo término a aclarar se refiere a las concepciones de la minoría. Es necesario definirla de una manera relativa. Los individuos que forman un grupo minoritario respecto a una sociedad global pueden ser perfectamente un subgrupo mayoritario en sí. Es el caso de los movimientos nacionalitarios de Europa Occidental que suelen ser minoritarios respecto a sus estados nación, pero mayoritarios dentro de su marco territorial étnico. Una vez que la reflexión llega a este punto tendríamos que distinguir dos tipos de subgrupos minoritarios: las minorías nómicas y las minorías anómicas. Resulta imposible definir a la minoría anómica sin referirse al grupo dominante o a la respuesta del grupo mayoritario, pues pertenece a un subgrupo

que carece de normas o respuestas propias. En cambio la minoría nómica, aunque se puede definir mediante la referencia a la norma dominante, parece mucho más exacto definirla haciendo referencia a los aspectos idiosincrásicos o singulares que caracterizan a ese subgrupo particular. Va sin decir que los movimientos nacionalitarios son minorías nómicas que adoptan y proclaman una norma de recambio frente al Estado nación, una contra-respuesta que responde con mayor precisión que la norma dominante a sus creencias, sus necesidades o a la realidad efectiva. Además una minoría nómica puede desviarse de la norma de la mayoría de forma moderada o extrema. En consideración de este carácter, el grupo minoritario nómico puede adoptar dos aspectos: el de grupo ortodoxo o pro-normativo, o el de grupo heterodoxo o contra-normativo. El primero se desplaza en la misma dirección que la norma dominante, aunque va más allá, exagerando la norma de la mayoría. El segundo va en contra de la norma dominante y opone a la misma una contra-norma, una norma minoritaria. Este último es el caso de los movimientos nacionalitarios.

Con lo expresado hasta el momento queda claro que la condición necesaria para que una minoría sea considerada como una fuente potencial de influencia es que disponga de un punto de vista coherente, que esté en desacuerdo con la norma dominante de forma moderada o extrema, y que podamos calificar su posición como ortodoxa o heterodoxa. Pero no basta con que la minoría tenga una existencia de hecho para que se convierta en una fuente activa de influencia. Le falta ser reconocida socialmente, con sus propias cualidades específicas, por la mayoría. Esto nos conduce a formular una nueva pregunta: ¿cuáles son los medios por los que una minoría puede ejercer eficazmente su influencia sobre una mayoría?

Las minorías que afrontan deliberadamente el conflicto con la mayoría o lo buscan incluso desafiando la opinión dominante y el consenso social, pueden hacer que esa mayoría cambie su punto de vista a fin de establecer un nuevo consenso. ¿Cómo? Hollander (1958: 117-127) llegó a demostrar con sus investigaciones que las opiniones o las acciones no conformistas tienen tantas posibilidades de ser aceptadas por la mayoría, como prestigio goce el que las preconiza. De este modo, se presupone que ese individuo adquiere tal prestigio primero conformándose a las normas del grupo y dando pruebas de su competencia. Al conformarse adquiere un “crédito personal”, es decir, los otros miembros del grupo le otorgan su confianza y tienen

<sup>4</sup> Existe versión castellana con la traducción de David Rosenbaum y la supervisión de Tomás Ibáñez, Paidós Ibérica, Barcelona, 1985.

de él una impresión favorable. En suma, ese individuo se convierte en una especie de líder. Más adelante puede desviarse, innovar y, por ende, ejercer una influencia sobre el grupo.

Siguiendo la misma línea de pensamiento, Jones (Jones y Davis, 1965) se preguntó cómo un individuo que tiene muy poco poder puede llegar a modificar las actitudes de un individuo más poderoso. Evidentemente sólo se le ocurrió un medio, viejo como el propio mundo: la adulación.

Sin embargo, la pregunta que nos preocupa no es saber si se pueden o no imponer innovaciones por mediación de la conformidad. La respuesta resulta demasiado evidente: sí. Una pregunta más interesante sería saber si sólo puede hacerse mediante la conformidad. La historia y la realidad contemporánea nos muestran que la respuesta es no. Dicho esto, pasemos a analizar los medios que conciernen a la fuente de la influencia que es la minoría, a su mensaje y a su blanco que es la mayoría.

La fuente de la influencia debe propagar una norma, una solución de recambio, una estrategia de acción, unos objetivos y un programa. Estamos ante la minoría nómica que debe ser consistente. Debe creer en su norma de manera muy firme. Debe ser persistente, es decir, debe sacrificarse y continuar luchando sin desalentarse. Debe ser competente y dar prueba de que confía en sí misma. Debe ser visible y hacer reconocer todas sus cualidades.

Debe estar unida, pues, los grupos divididos no son creíbles. Su talla resulta importante, en la medida en que aumenta la competencia que se le atribuye.

El mensaje debe ser claro y comprensible, llevando los argumentos principales en el inicio y resumidos en la conclusión. Son diferentes según sean ortodoxos o heterodoxos. El mensaje ortodoxo tiene un efecto de asimilación. Atrae a los individuos hacia el líder. El mensaje produce un efecto de polarización del grupo concerniente. Ante lo cual los menos resistentes se acercan al líder, mientras los más resistentes se alejan, lo que produce la situación de conflicto. La tonalidad del mensaje también tiene su importancia. El estilo patético, provocando los sentimientos, es eficaz. Con cierta dosis de optimismo el miedo tiene un potente efecto movilizador. Según Moscovici (1979: cap. VII y 1984: cap. II)<sup>5</sup> tres normas determinan el juicio que producimos sobre unos objetos particulares: la norma objetiva; la norma de preferencia; y la norma de originalidad.

El blanco de los líderes de las organizaciones es generalmente un conjunto de subcategorías sociales muy heterogéneas desde el punto de vista de la acción colectiva. El blanco resistiría menos a la persuasión en proporción a la debilidad o no de sus normas de comportamiento, de sus informaciones, de la capacidad crítica y de la estima de sí mismo. Una cohesión interna empobrecida y su aislamiento acentúan aún más su dependencia y su vulnerabilidad. Si además se producen acontecimientos que estimulan la emotividad de los individuos y les desorientan, el blanco resulta más disponible para la manipulación, por contagio y por imitación. Pero también es posible la reacción contraria. El blanco de esa manera puede reaccionar conformándose más y rechazando a la minoría, normalizándose al evitar el conflicto y sustituirlo por el compromiso, e innovándose al aceptar el conflicto y adoptar nuevos comportamientos. ¿De qué depende una u otra de las reacciones posibles? Se distinguen los grupos abiertos y cerrados. Los primeros en caso de conflicto aceptarían el compromiso y la adopción de nuevas normas de comportamiento. Mientras que los segundos buscarían evitar los conflictos eliminando a los renegados y heréticos, pero se hallarían sin saber qué hacer con los disidentes. Desde ese momento acumularían las tensiones y se encontrarían sin poder normalizar (Simmel, 1992; Coser, 1964; Dahrendorf, 1959).<sup>6</sup>

Una última pregunta nos va a guiar en el cierre de este apartado: ¿una minoría es más o menos influyente que una mayoría? Aunque el sentido común viene a insinuar que las minorías son menos influyentes que las mayorías, es decir, que aquellos que desean cambiar algo tienen, *a priori*, menos probabilidades de lograrlo, que aquellos que desean mantener el *statu quo*, ahí tenemos a la investigación para recordarnos que las mayorías no siempre son más influyentes que las minorías (Moscovici y Lage, 1978: 349-365). Podemos afirmar que la sociedad dispone las cosas de tal manera que la innovación puede resistir mejor que la conformidad. Las experiencias muestran que en un contexto de innovación, en un momento en que disminuye el apoyo social, la minoría pasa a ejercer una influencia comparable a la que ejercería una mayoría (Doms y Van Avermaet, 1983). De forma inversa, en el momento mismo que aumenta el apoyo social para con un individuo sometido a una presión hacia la conformidad (Asch, 1951), la influencia de la mayoría desciende de forma radical. En suma, no se puede

---

<sup>5</sup> La versión castellana de esta segunda obra es *Psicología de las minorías activas*, Morata, Madrid, 1981.

<sup>6</sup> Versión castellana, R. Dahrendorf, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Rialp, Madrid.

afirmar *a priori* que las mayorías son más influyentes que las minorías. Por último, diremos que las minorías ejercen una influencia privada tan grande e incluso mayor que su influencia pública. Incluso se constata un efecto de influencia privada en ausencia de efectos de influencia pública (Moscovici y Personnaz, 1980: 270-282). Nos queda otro paso que dar: ¿cuál es el papel de los valores en estas decisiones colectivas? Lo que equivale a preguntar a dónde pueden llegar los movimientos nacionalitarios en busca de una salida al conflicto planteado.

### 7. ¿Cuál es el papel de los valores a la hora de las decisiones colectivas?

Las minorías activas producen movimientos organizados y por los mismos procuran influir sobre la historia de su sociedad, convirtiéndolos en lugar estratégico donde se crean y se hacen explícitos los valores nuevos, o al menos se decide la transformación en la jerarquía de valores. De las investigaciones sociológicas llevadas a cabo en el mundo de los valores se deduce que, en realidad, pocos valores auténticamente nuevos aparecen en una sociedad. Es por ello que un cambio de valores, más que otra cosa, significa una modificación en la jerarquía de valores, y que unos valores dominantes se debilitan para ser sustituidos por algunos de sus variantes.

Los actores humanos, sean sujetos o sean colectividades, se ven obligados a optar constantemente entre diversas orientaciones de acción opuestas y netamente irreconciliables. Algunos psicólogos sociales (Rokeach, Smith y Evans, 1960) han tratado de contraponer el efecto de la pertenencia a una categoría social con el de la semejanza de creencias, mostrando que la semejanza de creencias es más poderosa que la pertenencia a una categoría. Esta posición ha sido criticada por Brown y Turner (1981). Estos autores admiten que el aumento de la semejanza de un miembro individual de una categoría social diferente puede incrementar la atracción hacia ese individuo, pero niegan que ello repercuta sobre la relación con el otro grupo en su conjunto. En segundo lugar, ponen de relieve los efectos complejos de la semejanza intergrupala, que parecen depender de otros aspectos de la relación como su carácter competitivo o cooperativo. En una revisión reciente, Insko, Nacoste y Moe (1983: 153-174) concluyen que, aunque la congruencia de creencias no sea el único factor responsable de la discriminación intergrupala, resulta más importante que la pertenencia grupal en la producción del efecto cuando la situación social no genera presiones normativas intensas.

Los sociólogos han querido definir la visión del mundo propia de unos sujetos y de unas colectividades por un determinado número de opciones de valor. Así Florence Kluckhohn y Fred Strodtbeck (1961) han buscado trazar “la escala de valores” conforme la cual un sujeto o una colectividad aprecia los ideales a los que se adhiere. Parten de los postulados siguientes: 1) es limitado el número de problemas fundamentales de la existencia humana para los que los seres humanos de todos los tiempos han tenido que encontrar alguna solución; 2) es limitado el número de soluciones posibles a cada uno de estos problemas; 3) cuando los miembros de una sociedad prefieren una solución a otra, dicha solución corresponde a un valor dominante en esa sociedad; 4) las restantes soluciones no preferidas subsisten sin embargo en el seno de esa sociedad, a título de valores variantes o sustituyentes.

En cada sociedad concreta la combinación de esos conjuntos produce un orden jerárquico dado que corresponde al perfil de los valores de esa sociedad. Cada movimiento nacionalitario produce su perfil particular con base en unos valores variantes que son adoptados por una minoría activa. A partir del conocimiento de ese perfil global y jerárquico de valores resulta un hecho la explicación e incluso la previsión del cambio social, por cuanto los valores variantes pueden, en efecto, servir de índices a la evolución de una sociedad. Algunos valores variantes pueden tender a hacerse dominantes.

Talcott Parsons (1960: 467-483) ha elaborado otra clasificación bajo el nombre de *pattern variables* (opciones de valores). El actor humano tropezaría incesantemente con un determinado número de “dilemas”. Esos dilemas se podrían reducir a cinco, ofreciéndose al actor frente a cada uno de esos cinco dilemas dos orientaciones u opciones contrarias. Los cinco dilemas a los que corresponden en total diez opciones de valores son los siguientes:

- 1) El actor puede optar por dar libre curso a la expresión de sus sentimientos y buscar la gratificación inmediata a sus impulsos (la opción de la afectividad). O puede, al contrario, controlar sus sentimientos, restringir o inhibir su expresión, ponerlos entre paréntesis (la opción de la neutralidad afectiva).
- 2) El actor puede juzgar las situaciones, las cosas o a los demás actores de acuerdo con criterios generales universalmente aplicables a los actores, a las situaciones o a los objetos análogos (la opción de universalismo). Si, por el contrario, prescinde el actor de los criterios generales de juicio y recurre a normas que sólo cabe aplicar

al actor particular con el que está en relación, o en una situación tomada en su singularidad, opta entonces por el particularismo.

- 3) El actor que conjuga su acción con la de otras personas y les presta su estimación sobre la base de lo que ellas son, independientemente de lo que hacen, opta por el ser (*quality*). Pero si las juzga a la luz de lo que ellas hacen y del resultado de su acción, opta entonces por el obrar (*performance*).
- 4) El actor puede considerar a las personas en su totalidad y tratarlas como unidades globales, en cuyo caso opta por el globalismo (*diffuseness*). Optará, al contrario, por la especificidad, si las considera solamente bajo un aspecto, si polariza su atención en torno a una parcela de su ser y de su obrar.
- 5) El actor, en fin, puede optar por actuar en función de unos objetivos que le son personales, que responden a sus intereses personales, en cuyo caso opta por el egocentrismo (*self-orientation*). O puede, al contrario, actuar en función de objetivos o intereses compartidos con los demás actores, o que son genéricos a la colectividad de la que forma parte, optando en este caso por la comunidad (*collectivity-orientation*).

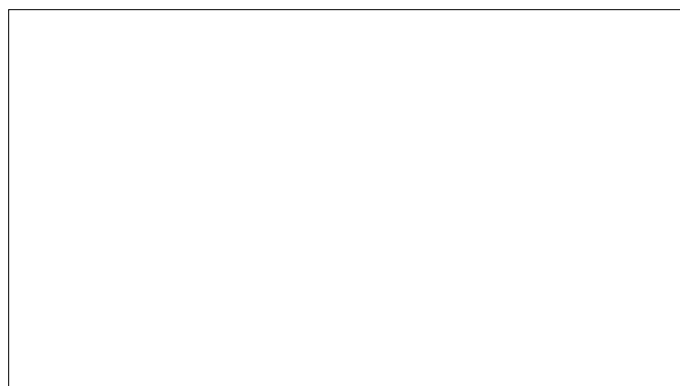
En el movimiento nacionalitario donde la opción particular o endógena adquiere una relevancia llamativa, por su misma definición de movimiento, se compensa con el principio de la totalidad que le devuelve a la opción universalista. De modo que no se da necesariamente una oposición entre un egoísmo y un altruismo. En cualquier sociedad institucionalizada se viven esas dos opciones a la vez, aunque la relevancia de las mismas sea menos llamativa. El debate particularismo o universalismo es un falso debate.

Hay que distinguir, asimismo, la opción de valor en el plano de las conductas de los actores y el de los conjuntos sociales. En el plano de las colectividades,

puede afirmarse que éstas deben hacer opciones entre valores y modelos, divergentes u opuestos. Esto significa que, en una colectividad dada, la mayoría hará en un contexto determinado, tal opción concreta y no otra. La estructura del perfil o de la visión del mundo de una colectividad derivará del conjunto global de las decisiones adoptadas por la mayoría de sus miembros en diversos contextos particulares. Ahora bien, aunque en una sociedad dada la mayoría de los actores opte por una orientación preferencial, los actores individuales siguen gozando de la libertad de hacer otras opciones. De ahí que las opciones de valores no sean idénticas para todos los actores y todos los grupos en el seno de una misma sociedad, sobre todo cuando dicha sociedad es tan compleja como la moderna sociedad industrial.

Por otra parte, los valores no sólo introducen un orden entre las alternativas existentes en un grupo, sino que además dan un sentido a la comunicación entre sus miembros, ofreciendo un punto de anclaje relativamente estable a sus opiniones, juicios y conocimientos. Cada vez la evolución se hace ordenando los términos sobre una escala en la que uno de los puntos tiene más importancia ante nuestros ojos que el resto. Son situaciones que favorecen el movimiento hacia una situación mediana. Los valores son un germen indispensable para el consenso. La tendencia definida por los valores y las actitudes dominantes se acentúa en el curso de los debates, de las reuniones, etcétera, y determina el sentido de las decisiones que conducen al consenso del grupo. Las colectividades se separan espontáneamente del justo medio y del conformismo que deberían ser suyos. Pero se mueven no en cualquier dirección: lo hacen en el sentido de la norma a la cual todos ellos se adhieren.

Estos procesos han sido estudiados más o menos en detalle por los psicólogos sociales, y trataremos de saber a qué resultados han llegado. Recordemos que ha quedado demostrado ya que las minorías activas introducen el conflicto en la sociedad, y que lo hacen en forma de valores, ideales, símbolos, etcétera. Ahora bien, ¿qué procesos se siguen desde la apertura del conflicto hasta la toma de decisiones colectivas con innovación? Situados como estamos en el paso de las sociedades étnicas a las sociedades nacionalitarias, quiere decir que ha habido aparición de la diversidad colectiva frente a la sociedad global normativizada, o a su autoridad y a su mayoría. Lo cual significa asimismo que el conflicto se entabla y que los diferentes puntos de vista toman la palabra, incluidos los disidentes. ¿Qué es lo que facilita o impide el conflicto en una colectividad? El formalismo en la discusión conduce al compromiso o a la “media” en la decisión. Así,



las investigaciones de Renad Dulong vienen a demostrar que los grupos experimentales que debían obedecer a una regla toman menos riesgos, es decir, que presentan una mayor tendencia hacia el compromiso que hacia la polarización. Obtuvieron un resultado análogo Moscovici y Lécuyer (1972: 221-244) al organizar el espacio de un grupo de experimentación, y comprobar que el espacio institucional ejerce una influencia sobre las decisiones que se toman sobre él. Existe asimismo otro factor que actúa en la misma dirección: la jerarquía y el liderazgo. Las experiencias de Wehman y otros (1977: 249-259) demuestran que el conflicto y las interacciones disminuyen a medida que aumenta la autoridad en un grupo. De modo que, si se utilizan procedimientos de decisión, si se organiza el espacio ocupado por un grupo o si se hace intervenir a la autoridad, los individuos cambian menos sus actitudes, tendiendo incluso hacia el compromiso, la "media", en una palabra, hacia el *statu quo*. Solamente cuando se menosprecia el procedimiento, se "calienta" el espacio y se disminuye la influencia de la autoridad, los grupos se alejan del compromiso, de la media y tienden hacia posiciones extremas. En estos últimos casos se producen tales condiciones que, por otro lado, hay que constatar que tienen influencia benéfica sobre la creatividad. Doise y Mugny (1981)<sup>7</sup> aplicaron esta hipótesis al conflicto "cognitivo" llegando a la conclusión de que el conflicto entre varios puntos de vista cognitivos sobre un problema determinado constituye un factor causal de su progresión.

Podemos abrir una nueva investigación en torno a las condiciones del fenómeno de la polarización: ¿qué facilita o qué impide? Desde las investigaciones de Stoner (1961) hasta las más recientes de S. Moscovici y Zavalloni (1969: 125-135) se ha demostrado que en los procesos los grupos son más extremos que los individuos, y que el grado de implicación y de conflicto concreto del grupo determina el sentido de la decisión que éste tomará al final del proceso. Contrariamente a la teoría clásica, según la cual un conflicto se resuelve mediante un compromiso moderador, vemos que el conflicto conduce a una considerable extremización. El fenómeno de la polarización es un fenómeno general. De los últimos estudios de este género se concluye que

...polarizar es un atributo general de los grupos, en tanto que el extremismo no lo es. La dirección hacia el riesgo, la violencia, la agresividad, etcétera, no les es inherente, contrariamente a lo que se piensa, no es lo general. Todo depende de la distribución de los valores entre aquéllos

que participan en la discusión en una sociedad en un momento dado. Jamás insistiremos demasiado sobre la importancia de esta distribución para nuestra forma de actuar y de ver los fenómenos sociales, porque no se ha aprendido aún a reconocerla (Moscovici y Doise, 1992: 149).

Otra consecuencia es, según S. Moscovici y W. Doise, que importa poco que los miembros del grupo se ubiquen en los extremos o sean moderados:

Cambian o no cambian, convergen hacia los otros o los otros convergen hacia ellos según que estén más lejos o más cerca del valor común. Luego, según sea la distancia que haya en relación al polo dominante que representa ante los ojos de todos la norma. En una palabra, es la relación hacia los otros, y no hacia el objeto la que determina quien se desplaza o quien no se desplaza (Moscovici y Doise, 1992: 150-151).

La discusión resulta importante en la polarización colectiva de las decisiones. ¿Qué significa esto? Simplemente que las normas y los valores de la sociedad adquieren un mayor peso durante la discusión y la decisión colectiva. En cada población determinada existe una tendencia muy clara a privilegiar una categoría de argumentos y a menospreciar u ocultar otros. Los primeros son valorizados socialmente, mientras que los segundos son más bien desvalorizados (Brown, 1965; Paicheler 1977: 5-14 y 1978: 923-931). La relación entre la polarización y la discusión en grupo parece un hecho firmemente establecido. La polarización es la acentuación de una tendencia inicialmente dominante en un conjunto de grupos. De ahí se ha planteado la siguiente pregunta: ¿tiene ésta lugar en dirección a la posición mayoritaria dentro del grupo particular o hacia la norma? Según Vandekerke (1979: 13-24) la polarización sólo puede tener lugar en dirección a la norma exterior. S. Moscovici y W. Doise, por su parte, concluyen que "la presión de la mayoría tiene un efecto únicamente si se ejerce en el sentido de los valores derramados en la población. Si no lo es así, tienen un menor impacto, lo que concede a las minorías más posibilidades de ver triunfar sus opiniones" (Moscovici y Doise, 1992: 158).

En conjunto, y a grandes rasgos, deducimos lo siguiente respecto a lo que sucede cuando un problema despierta un amplio movimiento de opinión como es el caso de los movimientos nacionalitarios de Europa Occidental. La gente participa en el debate de forma

<sup>7</sup> Versión castellana, *El desarrollo social de la inteligencia*, Trillas, México, 1985.

intensa y frecuente. La cadena de decisiones que llevan al consenso polariza en el sentido de la norma emergente y lo acentúa. De ese modo, tales decisiones la cristalizan y facilitan su continuación en el fuero interno de cada uno, que siente ser un poco su autor. Es el momento de evitar cualquier intervención coercitiva, y cualquier consenso forzado. Las minorías más extremistas consiguen imponer su punto de vista, puesto que su retórica coincide con la retórica y los valores comportados por los actores del sector social concerniente del momento. Los valores forman parte de un mundo dominado por las informaciones. El problema que se plantea es cuáles rechazar y cuáles utilizar en el momento de llegar a un acuerdo particular. Cuando nos toque examinar las decisiones colectivas no sabremos agotar la realidad y dar cuenta de sus características específicas si no incluimos las cualidades del espacio donde se han formado. Los valores son sus abscisas y sus ordenadas.

## 8. Conclusión general

En sociología política es común recurrir al planteamiento de la necesidad de adaptación de las sociedades cuando se pretende explicar por qué se producen los movimientos nacionalitarios. Durante sus primeras décadas la sociología estableció un criterio de adaptación a partir del estudio comparado de las sociedades. Pero el inconveniente es que este tipo de estudio exige una emisión de un juicio sobre el grado de desarrollo de la organización social. Y en nuestros días se considera un escollo que el investigador defina el desarrollo a partir de juicios morales o a la luz de una filosofía social. Para evitar la interferencia de los juicios de valor, importa, según T. Parsons, definir un criterio auténticamente "objetivo" de clasificación y ordenación de las sociedades. He aquí el criterio en cuestión: una sociedad es más "avanzada" en la medida en que su organización social revela una mayor capacidad de adaptación generalizada. La adaptación no es únicamente pasiva, sino que es además una forma de creatividad y de innovación. Por consiguiente, una sociedad dotada de una mayor capacidad de adaptación que otra está mejor dispuesta para sobrevivir y progresar. Aplicando este criterio de adaptación a los movimientos nacionalitarios se debería deducir que cuanto mayor fuere la complejidad de una sociedad organizada menor sería el riesgo de que se produzcan tales movimientos en su seno. Pues en una organización social cuya complejidad vaya en aumento, el sistema de valores más apropiado sería aquel que conllevaría los valores más generales, es decir aquel cuyo alcance

sería más amplio y más universal, que se supone son los que faltan a tales movimientos. Ahora bien, ¿dónde queda esta ley cuando constatamos la existencia de movimientos nacionalitarios parecidos en sociedades globales muy desarrolladas (Inglaterra, Francia, Bélgica, entre otros) y en sociedades globales cercanas al Tercer Mundo por su nivel de desarrollo (España, Irlanda, etcétera) dentro de Europa Occidental?

Al criterio señalado de la capacidad de adaptación le suele acompañar asimismo el de la autoridad que puede revestir formas diferentes y ejercerse conforme a diversas modalidades. De esta forma se explica que en los países autoritarios, en donde los cuasigrupos de oposición no pueden convertirse en grupos de interés, la intensidad de los conflictos sea más fuerte que en los países en donde la hostilidad puede expresarse a través de las organizaciones. Pero tampoco esto explica que tanto en las democracias consolidadas como en los regímenes autoritarios se hayan producido el mismo tipo de movimientos nacionalitarios. ¿Cuál puede ser la explicación? Creo que el ensayo ha desvelado las razones, pero resumiendo en una fórmula podríamos decir que el Estado nación, tanto en su versión democrática como en la autoritaria, es absolutista frente a las colectividades étnicas que alberga en su seno. La solución del conflicto de los movimientos nacionalitarios pasa por el abandono definitivo del proyecto de la nación como una e indivisible por el Estado moderno.

## Bibliografía

- ASCH, S. E.  
1951 "Effects of group pressure on the modification and distortion of judgements", en H. Guetzkow (ed.), *Groups, leadership and men*, Pittsburgh, Carnagie.  
1956 "Studies on independence and conformity: a minority of one against an unanimous majority", en *Psychological Monographs*, vol. 70, núm. 416.
- ALLPORT, G. Y L. POSTMAN  
1977 *Psicología del rumor*, Buenos Aires, Pléyade (1952).
- APALATEGI, J.  
1992 *Sociología de una nación en movimiento*, Gasteiz-Vitoria, Instituto de Estudios sobre Nacionalismos Comparados.
- APALATEGI, J. (ED.)  
1992 *Movimientos sociales y nacionalismo*, Gasteiz-Vitoria, Instituto de Estudios sobre Nacionalismos Comparados.
- BAJOIT, G.  
1992 *Pour une sociologie relationnelle*, París, PUF, pp. 199-201.



- BARANDIARAN, J. M.  
1919 "Etnografía", en *Primer Congreso de Estudios Vascos*, Bilbao, Bilbaina de Artes Gráficas.
- BARTH, F. (ED.)  
1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BARTLETT, F. C.  
1973 "Los factores sociales del recuerdo", en H. Proshansky y B. Seidenberg, *Estudios básicos de psicología social*, Madrid, Técnos, (1932).
- BOUDON, R.  
1986 *L'idéologie. L'origine des idées reçues*, Paris, Fayard.
- BOURDIEU, P.  
1980 "L'identité et la représentation. Eléments pour une réflexion critique sur l'idée de la région", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 35, pp. 63-72.
- BRAUDEL, F.  
1959 "Histoire et sciences sociales: longue durée", en *Annales*, núm. 4, octubre-diciembre.
- BROWN R.  
1965 *Social Psychology*, Nueva York, Free Press.
- BROWN R. J. Y J. C. TURNER  
1981 "Interpersonal and intergroup behaviour", en J. C. Turner y H. Gilles (eds.), *Intergroup behaviour*, Oxford, Blackwell.
- COSER, L. A.  
1964 *The functions of social conflict*, The Free Press of Glencoe.
- DAHRENDORF, R.  
1959 *Class and class conflict in industrial society*, Stanford, Stanford University Press.
- DOISE, W., J. C. DESCHAMPS Y G. MUGNY  
1978 *La psychologie sociale expérimentale*, Paris, A. Colin.
- DOISE, W. Y G. MUGNY  
1981 *Le développement social de l'intelligence*, Paris, A. Colin.
- DOMS, M. Y E. VAN AVERMAET  
1983 "Social support and minority influence: the innovation effect reconsidered", en S. Moscovici, G. Mugny y E. Van Avermaet (eds.), *Perspectives on minority influence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DOMS, M. Y S. MOSCOVICI  
1984 "Innovation et influence des minorités", en S. Moscovici (ed.), *Psychologie Sociale*. Paris, PUF.
- DUMONT, P.  
1982 *Facteurs psychosociaux et idéologiques du militantisme pacifiste*, tesis de doctorado, Universidad Católica de Lovaina.
- ECHEVERRÍA, A. Y D. PÁEZ  
1989 *Emociones: perspectivas psicosociales*, Madrid, Fundamentos.
- EMERSON, R.  
1969 *From Empire to Nation*, Harvard, Cambridge University Press.
- FANON, F.  
1961 *Les damnés de la terre*, Paris, Maspéro.
- FISKE, S. Y S. TAYLOR  
1991 *Social Cognition*, Nueva York, McGraw Hill.
- GAZIER, A.  
1969 *Lettres à Grégoire sur les patois de France*, Ginebra, Slatkine, pp. 290-314 (primera edición, 1880, Paris, Pedone).
- GOFFMAN, E.  
1970 *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GRÉGOIRE  
"Rapport Grégoire à la Convention Nationale", en *Actes du Colloque International de Bayonne, "1789 et les Basques"*, P.U. de Bordeaux, 1991, anexo, pp. 163-170.
- GURVITCH, G.  
1963 *La vocation actuelle de la sociologie*, Paris, PUF.
- GUTTARI, FELIX  
1984 "El quinto mundo nacionalitario", en Colectivo, *Autodeterminación de los pueblos, un reto para Euskadi y Europa*, Bilbao, Herria 2000 Eliza, 45-51.
- HALBWACHS, M.  
1950 *La mémoire collective*, Paris, PUF.  
1975 *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris, Mouton (1925).
- HAGEN, EVERRET E.  
1962 *On the Theory of Social Change*, Homewood, Ill., The Dorsey Press.
- HOFFMAN, L. R.  
1965 "Group problem solving", en L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social psychology*, Nueva York, Academic Press, 2 vols.
- HOLLANDER, E.P.  
1958 "Conformity, status and idiosyncrasy credit", en *Psychology Review*, núm. 65, pp. 117-127.
- INSKO, C. A., R. W. NACOSTE Y J. L. MOE  
1983 "Belief congruence and racial discrimination: Review of the evidence and critical evaluation", en *European Journal of Social Psychology*, núm. 13, pp. 153-174.
- JAVALOY, F.  
1993 "El paradigma de la identidad colectiva en el estudio del comportamiento colectivo y de los movimientos sociales", en *Revista Psicothema*, vol.5, Suplemento, pp. 277-286.
- JODELET, D.  
1991 "Representaciones sociales: un área en expansión", en D. Páez et al., *Sida: Imagen y prevención*, Madrid, Fundamentos.

- JONES, E. E. Y K. E. DAVIS  
1965 "From acts to dispositions: The attribution process in person perception", en L. Berkovitz (ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. II, Nueva York, Academic Press.
- KELMAN, H. C.  
1983 "Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial", en J. R. Torregrosa y B. Sarabia (eds.), *Perspectivas y contextos de la psicología social*, Barcelona, Hispano Europea.
- KLUCKHOHN, F. Y F. STRODTBECK  
1961 *Variations in value orientation*, Evanston, Ill., Row, Peterson and Company.
- LEWIS, B.  
1989 "Masada et Cyrus le Grand", en *Communications*, núm. 49, pp. 161-184.
- LEYRENS, J. PH.  
1979 *Psychologie sociale*, Bruselas, P. Mardaga.
- LINTON, M.  
1986 "Ways of searching and the contents of memory", en D. Rubin, *Autobiographical memory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MAQUIAVELO, N.  
1983 *El Príncipe*, Barcelona, Planeta.  
s/f *Discorsi sulla prima Deca di Tito Livio*, Libro II.
- MAAS, A., D. SALVI, L. ARCURI Y G. SEMIN  
1988 "Language use in intergroup context: The linguistic intergroup bias", en *Journal of Personality and Social Psychology*, núm. 57, pp. 981-983.
- MCCLELLAND, DAVID C.  
1953 *The Achieving Society*, Nueva York, The Free Press.
- MEMMI, A.  
1957 *Portrait du colonisé. Précédé du portrait du colonisateur*, Paris, Buchet-Chastel.
- MERTON, R. K.  
1965 *Eléments de théorie et de méthode sociologiques*, París, Plon.
- MOSCOVICI, S.  
1979 *Psychologie des minorités actives*, París, PUF.  
1983 "The phenomenon of social representations", en R. Farr y S. Moscovici (eds.), *Social Representations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MOSCOVICI, S. (ED.)  
1984 *Psychologie Sociale*. París, PUF.
- MOSCOVICI, S. Y W. DOISE  
1992 *Discussions et consensus*, París, PUF.
- MOSCOVICI, S. Y E. LAGE  
1978 "Studies in social influence IV: Minority influence in a context of original judgements", en *European Journal of Social Psychology*, núm. 8, pp. 349-365.
- MOSCOVICI, S. Y R. LÉCUYER  
1972 "Studies in group decision II: differences of position, differences of opinion and group polarization", en *European Journal of Social Psychology*, núm. 2, pp. 221-244.
- MOSCOVICI, S. Y B. PERSONNAZ  
1980 "Studies in social influence V: Minority influence and conversion behavior in a perceptual task", en *Journal of Experimental Social Psychology*, núm. 16, pp. 270-282.
- MOSCOVICI, S. Y M. ZAVALLONI  
1969 "The group as a polarizer of attitudes", en *Journal of Personality and Social Psychology*, núm. 12, pp. 125-135.
- MUGNY, G. Y S. PAPASTAMOU  
1986 "Estilos de comportamiento y su representación social", en Moscovici (ed.), *Introducción a la psicología social*, Madrid, Paidós.
- NAGEL, J. (ED.)  
1986 *Competitive Ethnic Relations*, Nueva York, Academic Press.  
1989 "La persistencia de la etnicidad, aspectos nacionales e internacionales de los movimientos étnicos modernos", en Alfonso Pérez Agote (ed.), *Sociología del Nacionalismo*, Bilbao, Servicio Editorial de UPV/EHU, pp. 79-80.
- NAMER, G.  
1987 *Mémoire et société*, París, Eds. des Méridiens.
- PÁEZ, D., ET AL.  
1989 "Representaciones sociales de la movilización colectiva: el caso del nacionalismo vasco", en Tomás Ibañez (ed.), *Ideologías de la vida cotidiana*, Barcelona, Sendai.
- PÁEZ, D., P. INSÚA Y A. VERGARA  
1992 "Halbwachs y la memoria colectiva: la imagen histórica de Europa como un problema psicológico-social", en *Interacción Social*, núm. Madrid, Editorial Complutense, pp. 109-125.
- PAICHELER, G.  
1977 "Norms and attitude change II: The phenomenon of bipolarization", en *European Journal of Social Psychology*, núm. 7, pp. 5-14.  
1978 "Argumentation, négociation et polarisation", en *Bulletin de psychologie*, núm. 31, pp. 923-931.
- PARSONS, T.  
1960 "Pattern variables revisited: A response to Robert Dubin", en *American Sociological Review*, vol. 25, núm. 4, pp. 467-483, agosto.  
1961 *Theories of Society*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, vol. I.
- PENNEBAKERT, J.  
1990 *Opening Up*, Nueva York, Morow and Co.
- PÉREZ AGOTE, A. (ED.)  
1989 *Sociología del nacionalismo*, Bilbao, Servicio Editorial de la UPV.
- PÉREZ, J. A. Y G. MUGNY  
1988 *Psicología de la influencia social*, Valencia, Promolibro.

- PILLIMER ET AL.  
1990 en M. Conway, *Autobiographical Memory*, Milton Keynes, Open University Press.
- RAMÍREZ DORADO, S.  
1989 "En torno al concepto grupal de nación: una lectura psicosocial", en A. Pérez Agote, *Sociología del nacionalismo*, Bilbao, Servicio Editorial de la UPV, pp. 253-258.
- RAMOS, R.  
1989 "Maurice Halbwachs y la memoria colectiva", en *Revista de Occidente*, núm. 100, pp. 63-81.
- ROBINSON, J.  
1986 "Temporal reference systems and autobiographical memory", en D. Rubin, *Autobiographical memory*, Cambridge University Press.
- RODRÍGUEZ, A. Y J. SEOANE (EDS.)  
1989 *Creencias, actitudes y valores. Tratado de Psicología General*, Madrid, Alhambra, vol. 7.
- ROKEACH, M., P. W. SMITH Y R. I. EVANS  
1960 "Two kinds of prejudice or one?", en M. Rokeach (ed.), *The open and the closed mind*, Nueva York, Basic Books.
- SCHNEIDER, D. J.  
1991 *Social Cognition, Annual Review of Psychology*, núm. 42, pp. 527-561.
- SHERIF, M. Y C. SHERIF  
1979 "Research on intergroup relations", en Austin y Worchel (eds.), *The social psychology of intergroup relations*, Brooks-Cole Publ. Co.
- SIMMEL, G.  
1992 *Le conflict*, Saulxures, Circé.
- SMELSER, N.  
1963 *Theory of collective behavior*, Free Press.
- SMITH, A. D.  
1987 *The Ethnic Origins of Nations*, Nueva York, Blackwell.
- STANGOR, C. Y D. McMILLAN  
1992 "Memory for expectancy-congruent and expectancy-incongruent information: A review of the social and social-developmental literature", en *Psychological Bulletin*, núm. 111, pp. 46-61.
- STONER, J. A. F.  
1961 *A comparison of individual and group decisions involving risk*, tesina de maestría, Massachusetts Institute of Technology, School of Industrial Management (ms.).
- TAJFEL, H.  
1984 *Grupos humanos y categorías sociales. Estudios de psicología social*, Barcelona, Herder.
- TAJFEL, H. ET AL.  
1971 "Social categorization and intergroup behaviour", en *European Journal of Social Psychology*, núm. 1, pp. 149-177.
- TAJFEL, H. Y J. C. TURNER  
1979 "An integrative theory of intergroup conflict", en Austin y Worchel (eds.), *The social psychology of intergroup relations*, Brooks-Cole Publ. Co.
- 1989 "La teoría de la identidad social de la conducta intergrupala", en J. F. Morales y C. Huici (eds.), *Lecturas de psicología social*, Madrid, Uned.
- TAP, P. (ED.)  
1980 *Identités Collectives et Changements Sociaux*, Toulouse, Privat.
- TIRIKYAN, E. A. Y R. NOGOWSKY (EDS.)  
1985 *New Nationalism of Developed West*, Londres-Sidney, Allen Unwin.
- TOURAINE, A.  
1965 *Sociologie de l'action*, París, Le Seuil.
- TOURAINE, A., F. DUBET, Z. HEGEDUS Y M. WIEVIORKA  
1981 *Le Pays contra l'Etat. Luttes Occitane*, París, Le Seuil.
- TURNER, R. H. Y L. M. KILLIAN  
1987 *Collective Behavior*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.
- VALENCIA, J. Y M. VILLARREAL  
1992 "Conflicto intergrupala en Euskadi: ilegitimidad e inestabilidad en la participación política no institucional", en Jokin Apalategi (ed.), *Movimientos sociales y nacionalismo*, Gasteiz-Vitoria, Instituto de Estudios sobre Nacionalismos Comparados.
- 1993 "Movimientos nacionalistas y poder político. Identidades nacionales frente a la Unión Europea", en Jokin Apalategi y Xabier Palacios (eds.), *Poder y democracia. Los nacionalismos en la crisis del Estado del bienestar*, Gasteiz-Vitoria, Instituto de Estudios sobre Nacionalismos Comparados, pp.57-72.
- VANDEKEERE, M.  
1979 "Risky-shift et polarisation: le roman noir de la psychologie sociale", en *Les Cahiers de psychologie sociale*, núm. 4, pp. 13-24.
- VILAR, P.  
1980 *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica.
- VILLARREAL, M.  
1987 *Representaciones sociales de la identidad social y factores psicosociales asociados a la participación en movimientos nacionalistas*, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la UPV, Donostia.
- VILLARREAL, M. (ED.)  
1989 *Movimientos sociales*, San Sebastián, Servicio Editorial de la UPV.
- WEHEMAN, P. ET AL.  
1977 "Effects of different leadership styles on individual risk-taking in groups", en *Human Relations*, núm. 30, pp. 249-259.